

BOLSILIBROS BRUJERA

PUNTO

ROJO

la muerte deja su tarjeta

SILVER KANE



COLECCION

PUNTO ROJO



SILVER KANE

LA MUERTE DEJA SU TARJETA

Colección PUNTO ROJO n.º 563

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B. 52.770 - 1972

ISBN 84-02-02520-X

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: febrero, 1973

© SILVER KANE - 1973

texto

© ENRIQUE MARTIN - 1973

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

CAPÍTULO PRIMERO

La pesadilla se inició a las siete de la tarde, cuando nada hacía suponer que aquel anochecer sería distinto de los otros, cuando todos los síntomas indicaban que la noche llegaría como todas las aburridas noches de Londres, sin que nada especial ocurriera.

Philip Derby subió por Haymarket Street desde Trafalgar Square y se adentró en el denso tráfico de Piccadilly Circus, que ya no era lo de años atrás, porque ahora los ¡hippies! lo habían invadido y todo tenía un aire abandonado y de una falsa alegría. Dos monumentales tiendas vendían artículos pintarrajeados y prendas de ropa con los más audaces colores, tipo Carnaby Street, mientras sonaban músicas estridentes que llegaban hasta la calle. Una multitud densa y abotargada se deslizaba por las aceras de la plaza y descendía hasta Charing Cross y se perdía en las calles del Soho. En el antaño famoso Windmill, hoy convertido en cine, se proyectaba una película de señoras y señores en la cama, pero la sesión no empezaba hasta las once de la noche. La gente no sabía dónde meterse. Paseaba aburridamente o se dirigía a los parques como siempre ocurrió en Londres, donde uno no sabe qué hacer. Phil giró por Regents Street y se dirigió a Oxford Circus, donde se detuvo cuando ya las primeras luces de las calles empezaban a encenderse.

Dejó el coche aparcado en lugar prohibido, pero sólo unos momentos, y saltó a una cabina telefónica. Disco un número con gestos impacientes.

—¿Mónica?

Había reconocido la voz, de modo que la pregunta era inútil. Mónica reconoció la suya y a través del cable pareció transmitirse su sonrisa. Con tono ilusionado exclamó:

—¡Phil...!

—Ya he llegado a Londres, Mónica. Vengo directamente desde

Coventry y mañana tengo que salir otra vez. Me gustaría tomar una copa contigo, si a ti no te parece mal.

—¿Cómo va a parecerme mal? Esperaba tu llamada, Phil. Te has retrasado un poco.

—Es que había mucho tráfico. ¿Voy para allá?

—Claro que sí. Oye...

La voz de Mónica, de pronto, se había hecho casi suplicante.

Phil Derby musitó:

—¿Qué...?

—Prométeme que no pasará nada.

Phil sonrió como si a través del cable pudiera verse su sonrisa.

—¿Y qué va a pasar?

—Nada, Phil, nada... Pero hemos estado un mes sin vernos y ahora te ausentas por dos meses más. Como al fin y al cabo vamos a casarnos, no quiero que pienses que... en fin, que se podrían precipitar las cosas. Que no vale la pena esperar.

—Eres una chica anticuada, Mónica.

—Ya lo sé, y no creas que por eso te quiero menos. Pero para mí los principios siguen siendo los principios.

El volvió a sonreír. En realidad le gustaba que Mónica fuera así. Nunca había tenido intención de que ocurriera nada serio entre los dos, pero le gustaba asustarla un poco.

—Al menos prométeme que no estará tu hermana —dijo—. Prométeme que estaremos solos tú y yo.

—A mi hermana Nancy no la he visto en toda la tarde, de modo que no estará. No te preocupes, Phil. Hasta ahora. Te espero impaciente.

Y colgó.

Phil Derby colgó también. Salió de la cabina alegremente.

Lo que menos podía imaginar entonces era que la pesadilla se había puesto en marcha. Lo que menos podía soñar era que el clima de terror que llegaría a enloquecerle ya estaba sobre él como una quieta nube sobre los tejados de Londres.

Se puso de nuevo ante el volante y condujo a poca velocidad hacia Oxford Street y Hyde Park. Mientras lo hacía pensó en Marco, el compañero que le había tocado en el viaje a Siberia. Hizo un gesto pensando que había tenido mala suerte con él.

Marco era un buen fotógrafo, como lo era el mismo Phil Derby.

Los dos componían uno de los mejores equipos de Europa, razón por la cual se les había encargado aquel reportaje sobre la nueva Siberia rusa. No había sido fácil obtener los permisos, tenerlo todo a punto y disponerse a partir. Lo único malo era que... tendría que compartir horas de intimidad con Marco. Hoteles con habitaciones dobles, literas de tren, coches estrechos, caminos solitarios..., eso era inevitable. Y Marco, además de todo lo buen fotógrafo que se quiera, tenía dos importantes defectos...

Phil volvió a torcer el gesto, al recordarlos.

Lástima que él no pudiera elegir a sus compañeros, lástima que fueran los poderosos consorcios de prensa los que mandasen.

Al llegar a la altura de Marble Arch, siguió recto por Bayswater Road, bordeando la parte norte de Hyde Park y los Kensington Gardens. En la verja que tenía a la izquierda, como era domingo, se exhibían centenares de cuadros y de esculturas de aficionados, formando uno de los mercados de arte espontáneo más singulares e importantes del mundo. Al llegar a la estación de Nottung Hill Gate, el vehículo de Phil Derby se desvió hacia la izquierda y descendió por la vieja Kensington Church Street, donde hay nobles casas del siglo pasado y donde se suceden unas a otras las tiendas de antigüedades más prestigiosas de Londres.

Allí, en una casa de Kensington Church Street, antes de llegar a High Street Kensington, vivía Mónica Seymour.

Mónica Seymour, la última descendiente, con su hermana Nancy, de una de las más antiguas familias de Inglaterra.

Tenía dinero, belleza, prestigio, nombre... A veces a Phil Derby le parecía mentira que estuviese a punto de casarse con una mujer así. El ganaba dinero y tenía ya un prestigio, pero no podía olvidar que su carrera empezó a los quince años como fotógrafo callejero por las calles de Londres.

Era fácil estacionarse a la altura de Holland Street, sobre todo en domingo. El joven se cercioró de que el portamaletas estaba bien cerrado —pues en él llevaba valiosas máquinas—, cruzó la calle y penetró en la vieja residencia de los Seymour.

Ésta tenía dos pisos y era uno de los edificios más elegantes de toda la calle. La muchacha, que había dado día libre al servicio aquel domingo, le abrió ella misma. Cayeron uno en brazos del otro antes de cerrar, sin preocuparse de que les vieran desde la calle.

Al fin y al cabo... ¡hay tantas parejas que se besan en la vía pública o en la parada del autobús!

Los ojos de Phil pasaron por el elegante vestíbulo. Era hombre de gusto, porque sin gusto no se puede ser artista ni siquiera con una máquina fotográfica en la mano. El contacto con gente importante, además, había hecho que aquel gusto se desarrollara más y más. Quizá por eso apreciaba tanto los muebles Victorianos, las consolas del tiempo de Oliver Cromwell, los cuadros y todas las riquezas que los Seymour, durante generaciones, habían ido situando allí. Aparte de que la propia casa era una maravilla, pues había sido alzada por *sir* Christopher Wren, y las obras de Christopher Wren tienen un sello inconfundible en todo el mundo.

Era un espléndido modelo de arquitectura.

Claro que la «arquitectura» que más le interesaba era la de Mónica.

Ella lanzó un suave gemido.

—Eh, tú... ¡Poco a poco!

—No te alarmes, Mónica, no pensaba ir mucho más lejos.

—Me parece que será mejor que te ofrezca un trago. Un trago de alguna cosa fría.

—Está bien... ¡Si no hay otro remedio...!

—Ven. Tú ya conoces el camino, ¿no?

—¡Es terrible, terrible!

—¿Por qué? ¿Pero qué te pasa?

—¡Uno sueña con que le lleven al dormitorio y resulta que el único sitio al que le llevan es a la cocina!

—¡No tanto, hombre! Me limitaré a llevarte al *office*, donde está la nevera.

Y Mónica lanzó una carcajada sana, alegre, una de aquellas carcajadas optimistas que hacían que a Phil la vida le pareciese distinta.

—¿No vendrá tu hermana a estropearnos la velada?

—No, hombre, no... Te repito que desde el mediodía no la he visto...

Y Mónica, riendo aún, abrió la nevera de golpe.

Fue entonces cuando la pesadilla, que ya había empezado antes, se desveló con todo su horror.

Fue entonces cuando la risa de Mónica cesó.

Fue entonces cuando se le heló la sangre en la garganta.

Sus ojos se desencajaron al ver aquella cabeza cortada dentro de la nevera.

La cabeza de su hermana Nancy...

CAPÍTULO II

Phil Derby tuvo el tiempo justo para recogerla antes de que se desplomara a tierra. Pero la verdad fue que a él también estuvieron a punto de fallarle las fuerzas, porque la espantosa visión que se ofrecía ante sus ojos era de las que no se olvidan.

No hacía ni diez minutos que la cabeza había sido cortada.

De ella aún se desprendían algunas gotas de sangre.

Phil pensó: «No volveré a probar la mantequilla jamás».

Las gotas de sangre se fundían en la gran masa de mantequilla que había debajo.

Phil Derby sintió que sus rodillas vacilaban, pero se rehízo. Cerró la puerta de la monumental nevera mientras sostenía a Mónica Seymour.

Ésta había perdido el sentido.

La espantosa visión había sido un impacto demasiado fuerte para ella.

Phil la arrastró hasta un sofá mientras sentía que la cabeza le daba vueltas. No sólo no entendía nada de aquello, sino que estaba literalmente aterrorizado.

Poco a poco se fue sobreponiendo.

El no tenía miedo. Contratado por el Gobierno de Vietnam del Norte, había estado en primera línea de fuego aguantando las bombas y las raciones de *napalm* de los norteamericanos. Había visto cadáveres mutilados, había visto escenas espantosas. Durante un año, cuando necesitaba ganarse la vida como fuera, se convirtió en fotógrafo de un médico forense y obtuvo una serie de placas que revolvían el estómago a cualquiera. El forense las archivaba con cuidado mientras decía: «Maravillosa... Maravillosa...»

Pese a todo ello, Phil no estaba preparado para lo que acababa de ver. La brusca contemplación de la cabeza degollada de Nancy le había aniquilado los nervios.

Fue al mueble bar y estuvo bebiendo *whisky* a chorro hasta sentir que le abrasaban hasta las rodillas.

Luego puso el gollete de la botella entre los labios de Mónica. Ella tragó espasmódicamente y empezó a toser.

Poco a poco recobró el conocimiento.

Miró a Phil como si fuese una alucinada.

Menos mal que la nevera no estaba delante, porque de lo contrario Mónica hubiera acabado de perder el control de sus nervios. Phil la obligó a beber de nuevo y después le sostuvo la cabeza contra su pecho, como obligándola a no mirar a ninguna parte. Al cabo de unos instantes susurró:

—Eso lo han hecho mientras tú ibas a abrirme. ¿Seguro que a Nancy no la habías visto desde el mediodía?

—Te juro que..., que no.

—Es posible... —reflexionó él—. La casa es muy grande y a ella podían tenerla amordazada y atada en cualquier sitio. Pero eso significa que el asesino aún puede estar aquí. En realidad significa... ¡que ha estado contigo casi todo el día!

Todo el hermoso cuerpo de Mónica se convulsionó.

Le resultaba imposible asimilar aquel espantoso pensamiento.

El comprendió que quizá había hablado demasiado. Con voz helada murmuró:

—Hay que avisar a la policía.

—Naturalmente, Phil. Na... naturalmente.

—¿Dónde está el teléfono?

—El más cercano, en mi dormitorio.

Phil parpadeó.

«Vaya, hombre —pensó—. Por fin me lleva a su dormitorio..., ¡pero a buena hora!».

Recordaba vagamente dónde estaba, de modo que se dirigió hacia allí. Tomó de la mano a Mónica y la arrastró consigo porque no era capaz de dejarla sola.

Abrió la puerta.

Vio la cama, una magnífica cama de estilo, pero demasiado vieja, demasiado rica y demasiado complicada para la maravillosa juventud de Mónica.

Vio las lujosas alfombras.

Las cortinas.

El hilo del teléfono.

La sangre.

La sangre que aún goteaba de una de las piernas de Nancy,
colgada de la lámpara...

CAPÍTULO III

Todo aquello ya sobrepasaba lo que una sensibilidad humana podía soportar. Todo aquello era tan horrible que Mónica Seymour cayó a plomo, de bruces, con tal pesadez, que Phil temió que la hermosa muchacha hubiera muerto también. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para sostenerla porque la caída le había pillado a contrapié y estuvo a punto de ser arrastrado.

Sus ojos desencajados miraron hacia aquel macabro trofeo que aún se bamboleaba en el aire.

Lo habían colgado sólo unos minutos antes. Justo cuando él hablaba con Mónica.

No tenía la menor duda de que aquella pierna era de Nancy, en parte porque no podía ser de otro modo y en parte porque la reconoció a causa de una vieja cicatriz junto al tobillo. La pierna había sido cortada con media y todo, de manera que el efecto era mucho más macabro. Phil pensó que nunca más volvería a mirarle las extremidades a una mujer. Hundió la cabeza y sacó de allí a la muchacha.

Ya no se acordaba ni de llamar por teléfono.

Pensó que, estando el asesino tan cerca, sería mejor buscar un arma o salir de la casa. No podía exponerse, con las manos vacías, a tropezarse con aquel monstruo. Sobre todo por una elemental razón: sin armas no podía garantizar la seguridad de Mónica. No podría evitar que a ella le ocurriese lo que le había ocurrido a Nancy.

De modo que la sacó de allí, arrastrándola por las escaleras hasta el vestíbulo. Una vez abajo fue cuando Mónica Seymour empezó a recuperarse un poco.

Tenía los ojos horriblemente dilatados.

Se notaba que en cualquier momento podía sufrir incluso un fallo en el corazón.

Phil susurró:

—Te sacaré de aquí, Mónica. Vamos a la policía.

—¿Dónde... tienes el coche?

—Al otro lado de la calle.

—No tengo fuerzas ni para cruzarla, Phil... Vamos en el mío.

—¿Dónde está el tuyo?

—En el garaje.

La mansión de los Seymour había sido modernizada y tenía garaje para dos coches, donde antaño estuvo el parque para las carrozas. En la penumbra se veía descansar el «Mini» rojo de Nancy —aquel vehículo que no usaría nunca más— y el solemne «Rolls» que Mónica había heredado de su padre. Aunque el «Rolls» tenía más de un cuarto de siglo, era todavía un vehículo prestigioso y capaz de prestar cualquier servicio. Phil prefirió ir en él porque pensó que usar el «Mini» de la muerta sería una falta de delicadeza.

Musitó:

—Ya estamos, Mónica. Siéntate. Abro las puertas del garaje y en seguida salimos.

Hizo girar la manija de la portezuela del «Rolls».

La abrió.

Y en aquel momento fue cuando la pesadilla llegó al paroxismo, cuando todo lo que rodeaba a Phil Derby empezó a dar vueltas, vueltas... Vueltas macabras y delirantes como un tiovivo loco.

Porque en el diván trasero del «Rolls» estaba sentada Nancy.

Bueno, lo que quedaba de ella.

Su tronco sin cabeza y sin una pierna. Su tronco todavía bien vestido y con las manos patéticamente cruzadas sobre el regazo.

Nancy convertida en una macabra, inesperada, sórdida escultura de la muerte...

El propio Phil Derby, a pesar de toda su sangre fría, necesitó apoyarse en el techo del «Rolls» para no caer.

Pero no fue eso todo.

Cuando oyó aquel maullido lastimero y débil miró hacia abajo y se dio cuenta con asombro de que algo salía de allí, del interior del coche, donde había estado junto al cadáver.

Era un gatito negro.

El primero de los cinco gatitos negros.

CAPÍTULO IV

El superintendente Morrison acabó de tomar notas e hizo un gesto preocupado, un gesto donde hubiérase dicho que incluso había algo de desesperación. Phil Derby se dio cuenta, con angustia, de que aquel hombre, uno de los más prestigiosos cerebros de Scotland Yard, no sabía qué hacer, de que no sabía por dónde empezar. Tuvo entonces la oscura sensación de que el asesino no sería capturado nunca.

Morrison bisbiseó:

—Por lo que me cuenta, y dejando aparte la crueldad espantosa del crimen, la rapidez del asesino fue prodigiosa. Prácticamente, mientras ustedes hablaban, él hacía aquella carnicería y distribuía las piezas del cuerpo de Nancy por todas partes. Hasta me extraña que un hombre sólo pudiera obrar con tanta exactitud, con tanta audacia. Pero eso es algo que averiguaré más adelante.

—¿Por dónde piensa usted empezar? —musitó Derby.

—He visto en el *Newyorker* algunas de sus últimas fotografías —dijo Morrison, escurriendo el bulto—. Magníficas.

—No divaguemos ahora, por favor —musitó el joven—. Tengo la sensación de que jamás volveré a conseguir una buena foto. ¿Por dónde piensa usted empezar?

—Por lo pronto, he de garantizar la seguridad de la señorita Seymour.

—Tengo la sensación de que, caso de haber pensado matarla, ya lo habrían hecho —dijo Phil.

—Me inclino a creer que no. Me inclino a creer que su llegada frustró los planes del asesino.

Phil Derby cabeceó con pesadumbre, sintiendo que cada vez le era más difícil concretar sus pensamientos.

—Es posible —musitó.

—Por otra parte —dijo Morrison—, voy a tener que hacer una

investigación exhaustiva en la vieja casa de Kensington Church. No destrozaremos nada, pero tendremos que remover hasta las paredes en busca de huellas. Le será a usted imposible vivir allí, *miss* Seymour, aparte de extremadamente penoso.

Mónica despegó los labios por primera vez.

—¿Dónde cree que debo vivir, entonces? —susurró.

—No lo sé... Usted tiene dinero. Instálese en cualquier hotel de Londres. Hay algunos magníficos y donde todo la ayudará a olvidar.

—Mejor olvidaría fuera de la ciudad... —dijo ella—, si olvidar es posible.

—Siento tener que pedirle que se quede en Londres —dijo Morrison, con voz suave—. Será preciso que permanezca aquí durante algunos días, hasta que las investigaciones estén encarriladas. Hay tantos puntos oscuros en su relato que es posible que tengamos que interrogarla más de una vez.

Mónica hundió la cabeza.

Parecía impotente e incapaz de rebelarse contra su destino.

Fue Phil Derby el que alzó una mano lentamente.

—Existe un problema —dijo—: la publicidad. En cuanto esa horrible noticia se divulgue, dentro de unas horas, los periodistas y los fotógrafos no dejarán en paz a Mónica. Lo sé porque yo soy uno de ellos y no me perdería un bocado semejante. Si está en un hotel la localizarán y le harán la vida imposible.

Morrison sugirió:

—Tal vez una casa particular...

—Hay un sitio —susurró la muchacha.

—¿Cuál?

—La casa en que murió mi padre.

Los dos la miraron con curiosidad. No supieron por qué, pero tuvieron como un estremecimiento de frío.

Incluso el superintendente Morrison, que era un fulano acostumbrado a todo.

—¿La casa en que murió su padre? —bisbiseó.

—Sí —dijo Mónica—, la segunda residencia de los Seymour en Londres, que era en realidad la casa mayor de las dos que poseíamos. Está en Lupus Street, en el barrio elegante de Pimlico. No sé si alguien recordará que mi padre, hace veinte años, la transformó en una residencia para huéspedes elegantes. No

necesitaba el dinero, pero le gustaba vivir con viejos militares retirados y con prestigiosos diplomáticos que no tenían familia. Aquello, más que una residencia, era uno de los clubs privados más selectos de Londres. El establecimiento aún continúa, bajo el control de una de las viejas criadas de mi padre, y lo curioso es que da mucho dinero. Yo apenas me ocupo de él. Puedo vivir allí sin que nadie me moleste, porque supongo que la gente ya no se acuerda de relacionar aquel viejo edificio con mi familia.

—Es una buena idea —accedió Morrison—. Puede ir esta misma noche y nadie la verá. ¿El sitio es de confianza?

—Por Dios... De absoluta confianza. Se trata de algo así como mi propia casa.

—También Nancy estaba en su propia casa —dijo el policía con voz agorera—. Me refiero a si es un sitio seguro y que pueda vigilarse fácilmente.

—Mejor que cualquier hotel —dijo desmayadamente la muchacha—. Mucho mejor...

Y con aquello pareció haber llegado al tope de sus fuerzas.

Ya no podía más, ya era incapaz de decir una sola palabra. Hundió la cabeza y se puso a sollozar apagadamente.

La pesadilla ya estaba en marcha y nadie podría detenerla. Por desgracia, Phil lo sabía cuándo salió de allí.

Lupus Street...

¡Ni el nombre del sitio le gustaba, maldita sea!

CAPÍTULO V

Y sin embargo, pocos lugares podían encontrarse, en todo Londres, más elegantes y más distinguidos. El barrio de Pimlico, situado al sur del elegante barrio de Belgravia, tiene refinados edificios y reúne en sus calles ese ambiente *chic* que los millonarios anhelan para ir señalando los días de sus vidas. La casa poseía un mobiliario que en nada envidiaba al del edificio de Kensington Church Street. Como todos los que habitaban en ella eran gentes de altura, aquel mobiliario estaba magníficamente cuidado. En las paredes había cuadros que valían tanto como la casa, desde un viejo Zurbarán hasta un moderno Bernard Buffet. Todo el servicio era de plata y todas las alfombras eran de Persia. Cuando Phil Derby entró allí, tuvo la sensación de meterse en uno de esos sitios donde un simple fotógrafo como él no hubiera sido admitido nunca.

La que había sido la sirvienta de confianza de lord Seymour era ahora una vieja dama que dominaba todo aquel señorial imperio. Tenía el empaque y la pulcritud de la vieja Inglaterra, ese empaque y esa pulcritud que las nuevas generaciones no siempre conservan. En cuanto a los huéspedes, eran un coronel retirado, un diplomático ya libre de servicio, un pintor de renombre internacional y —signo inevitable de los tiempos, donde el *money* lo es todo— tres millonarias norteamericanas ya otoñales, que pagaban el doble que los demás por alojarse en un sitio tan *in* del viejo Londres.

Mónica explicó con medias palabras, a la sirvienta, las razones de que se encontrara allí. La pobre mujer, que había conocido bien a Nancy, estuvo a punto de desmayarse.

—Proméтанos que no dirá nada —pidió Phil—. Si Mónica ha venido aquí ha sido precisamente para que nadie la moleste. Ni siquiera debe decir a los huéspedes que es en realidad la dueña de la casa.

—Por..., por supuesto. No lo diré.

—Supongo que tiene una habitación digna para ella.

—Claro que sí. La habitación principal está desocupada ahora. En ella justamente murió su padre hace veinte años.

—Hum... ¿No tiene otra?

—¿Por qué? ¿Es que cree que eso va a desmoralizarla, al cabo de tanto tiempo? La habitación ha sido completamente renovada y es magnífica. Además, lord Seymour no murió de ninguna enfermedad. No sufrió una de esas agonías que parecen marcar una habitación o una casa. Lo trajeron a primera hora de la mañana después de que un coche le atropellara en Grosvenor Road, a orillas del Támesis, a poca distancia de aquí. No vivió ni cinco minutos más. No hacía más que señalar desesperadamente hacia abajo, pero no podía hablar. Nosotros dedujimos que tenía miedo de su propia tumba.

Phil hizo una mueca.

Menuda conversación estimulante para la muchacha...

¿Es que las viejas familias no podían hablar de algo que fuera alegre?

Iba ya a idear algo para cambiar de tema cuando la propia Mónica susurró:

—No conocía detalles de la muerte de mi padre. Yo entonces tenía cuatro años, y Nancy tres. Murió el mismo día en que había desaparecido nuestra madre. O un día antes.

—¿Y cree que hay alguna relación entre...?

—Siempre he pensado que lord Seymour se trastornó mucho —dijo la sirvienta—, hasta el extremo de que atravesaba las calles como un sonámbulo y ni siquiera se dio cuenta de que un coche se le venía encima. Lo extraño es que nunca más supimos nada de su madre, señorita Seymour. Ya sabe usted que, hace un año el abogado de la familia presentó una petición para que se la considerara legalmente muerta.

La muchacha hundió la cabeza.

—No me gusta hablar de eso, señora Milton —dijo—. Usted conoce lo que se contaba de mi madre en sus últimos tiempos.

—Sí, pero...

La señora Milton se encogió de hombros.

—En fin —dijo—, aquello no tenía ningún fundamento.

—¿Qué era lo que se decía? —susurró Phil, de pronto—. No es

que me afecte, pero ahora todo puede tener interés. ¿Qué se decía?

Los ojos de la señora Milton eran vacíos, profundos, inexpresivos.

Daba la sensación de que, al mirarle a él, no miraban a ninguna parte.

—Se decía que estaba loca —murmuró—, pero ya sabe usted que la gente siempre tiene envidia. La gente suele acusar de las cosas más extrañas a los que son mimados por el dinero, la fortuna o la inteligencia.

—Cierto... —musitó Phil—, cierto...

Pero daba la sensación de que una nube negra había pasado por delante de sus ojos. La señora Milton continuó:

—Había abandonado a sus hijas. Se decía que las odiaba... Pero... ¡Oh, perdón, señorita Seymour...! No debiera haberme referido a habladurías que le hacen daño a usted. ¿Quiere ver su habitación?

—Sí, claro... Muchas gracias.

El joven la vio desaparecer. Luego, al regresar la señora Milton, murmuró, mientras se ponía un cigarrillo en los labios:

—Ya sé que no soy de la clase social de la gente que frecuenta esto, pero ¿no tendría también una habitación para mí? Me gustaría estar cerca de Mónica hasta que todo se aclare.

—Sí, claro que tengo una habitación... La casa es muy grande. ¿Tiene equipaje?

—Sólo un maletín y unas máquinas fotográficas en el coche.

—Puede traerlo todo. Y considérese invitado mientras esté aquí, señor Derby.

Apenas se hubo instalado cerca de la habitación de Mónica, Phil telefoneó a Marco. Éste lo reconoció en seguida y a Phil le molestó su almibarado saludo.

—¡Para el carro, muchachito! —le dijo—. Cuando descubrí de qué pie cojeas, cometí un error.

—¿Qué error?

—No tirarte a un pozo.

—¡Ay, pero qué bruto...!

—Lástima que seas tan buen fotógrafo, Marco. Sí, lástima.

—Además de la buena figura alguna virtud tenía que tener, chico... ¡Ay, pero qué conversación más extraña! ¿Qué quieres?

—Te lo he dicho al principio. Vas a irte a Siberia solo.

—¡Huy, pero qué bestialidad! ¡Sólo allí yo, pobrecito, con esos rusos tan bestiaaaaaas! ¿Serías capaz de dejarme?

—Te he dejado ya.

—¿Pero qué pasa? ¡Nos contrataron a los dos! ¡Es el encargo mejor que hemos tenido en cinco años, y si lo perdemos, cataplum! ¿A qué viene esa locura?

—Tengo un asunto privado tan grave que no puedo dejarlo ahora, Marco. Ve a ver al editor y convéncele para aplazar el viaje unos días. Al fin y al cabo, Siberia no va a cambiar de sitio.

—¡Pero teníamos que sacar fotos de noche! ¡Y esta semana habrá allí luna llena!

—Lo siento, Marco. Es un asunto de vida o muerte. Llámame a la residencia Milton, en Lupus Street, cuando sepas algo, pero no digas a nadie más que estoy aquí. Te repito que es muy grave.

—¿Una mujer?

—No, no es exactamente eso.

—¿Entonces un hombre?

—¡No sé por qué no te mato, Marco! ¡A los tipos como tú deberían meterlos en la cárcel!

—¡Huy, menudo trabajo daríamos allí! ¡Cha, cha, cha!

Phil colgó, asqueado.

Lástima que Marco fuera, a pesar de todo, buena persona. De lo contrario, más de uno ya le habría lanzado al mar desde las rocas blancas de Dover.

Phil suspiró con desaliento.

En fin, a falta de otras virtudes, Marco tenía la de ser un buen compañero. Lucharía hasta el desfallecimiento con tal de que no perdieran el contrato y de no dejarle a él en mal lugar.

Como si aquellos pensamientos hubieran sido una premonición, en ese instante sonó el teléfono.

Phil Derby lo tomó, puesto que al fin y al cabo estaba junto a él.

—Dígame.

—*Alou, darliiing*. Ya he encontrado el número en la guía. Quiero decirte que estés tranquilo. Lucharé para que no te pase nada. Ya sabes que soy un buen compañero.

—Estoy seguro de eso, Marco.

—Con tal de dejarte bien soy capaz de seducir a la mujer del jefe. ¡Imagina si es un sacrificio eso...!

Phil hizo un gesto de rabia.

—¡Muérete!

Y colgó otra vez.

Definitivamente, tendría que cambiar de oficio. O emigrar a otro país. Trabajar con tipos como Marco era como para acabar con uno en el manicomio.

Phil Derby se tomó dos pastillas para dormir y se encerró en su dormitorio. Cuando ya estaba sintiendo los efectos del sueño invencible, pensó que había cometido un terrible error. ¿Y si el asesino venía en busca de Mónica Seymour? ¿Y si bajo los efectos de los somníferos él no estaba en situación de defenderla?

Se levantó y metió la cabeza bajo el agua, pero fue inútil. Cinco minutos después dormía como un lirón, aunque soñando que a Mónica y a él les cortaban la cabeza.

Por fortuna no ocurrió nada.

En eso hubo suerte.

Porque si el asesino llega a presentarse allí a degollar a Phil Derby, éste ni se entera...

CAPÍTULO VI

Por la mañana siguiente la policía tuvo el buen gusto de no presentarse allí. Phil descolgó el teléfono y llamó a la casa de Kensington Church, pero le contestó la voz del mismo superintendente Morrison.

—Estamos haciendo investigaciones rutinarias —le dijo el policía—. Por ahora, todo es normal. ¿Cómo se encuentra la señorita Seymour?

—Ha pasado una noche tranquila gracias a los somníferos. Bueno, más o menos como yo. ¿Ya está la Prensa encima del suceso? ¿Qué dicen los periódicos?

—¿No los ha leído aún? —murmuró Morrison—. Bueno, tampoco hace falta... Hasta ahora hemos podido esconder el asunto y nadie lo ha oído aún. Eso nos permitirá tener un poco de tranquilidad durante todo el día, para hacer investigaciones con calma. Pero más allá de esta noche no creo que podamos retener la noticia. Alguien la olerá.

—Comprendo.

—Siga mi consejo, señor Derby. Distraiga a Mónica con lo que pueda y haga que se olvide de esta tragedia..., si hay alguien capaz de olvidarse de una cosa así.

—Lo intentaré. Gracias.

Phil pensó que el superintendente quizá había descubierto algo, pero era lógico que no lo dijese. Y pensó también que debía seguir su último consejo.

Distraer a Mónica.

Hacer lo posible para que no viviera obsesionada por la tragedia, en aquel forzoso encierro.

Había un sistema, y era tratar de interesarla por la fotografía en color. Mónica siempre le había dicho que le hubiera gustado aprender su oficio. Aprovechando que la mayor parte de los salones

estaban vacíos, el joven montó sus máquinas y sus focos y se dedicó a fotografiarlos. Quién sabe si algún día podría hacer algún reportaje sobre las viejas mansiones de Londres.

Mónica le ayudaba en algunos detalles.

Colocaba los focos, controlaba el fotómetro o le daba los filtros. Phil no necesitaba para nada su ayuda, pero al menos así la muchacha se libraba un poco de su obsesión. Era lo que Derby quería.

Pero pasaba una cosa curiosa.

El que no se libraba de la obsesión era él.

La madre de Mónica y de Nancy desaparecida misteriosamente. La mujer de la que se dijo que en sus últimos tiempos estaba loca...

¿Qué significaba todo aquello?

¿Había alguna relación?

¿Por qué el padre de Mónica, en el momento de morir, señalaba tan insistentemente hacia el suelo?

¿Era sólo por lo que la gente había supuesto? ¿Era sólo porque tenía miedo de su propia tumba?

¿O había algo más...?

El joven estaba obsesionándose.

Se daba cuenta de que hacía malas fotografías, de que no prestaba atención a nada. Había querido librar de sus pesadillas a Mónica y el que se hundía en las pesadillas era él.

Como para desconcertar a cualquiera, vamos.

Ninguno de los dos se acordó de comer. La verdad era, además, que después de lo que habían visto el día anterior, cualquiera en su lugar hubiera perdido el apetito. Sólo tomaron una taza de café antes de que Phil guardara sus máquinas.

Fue a hacerlo en su habitación, pero se equivocó.

Al fin y al cabo, aún no conocía demasiado bien la casa.

Abrió la puerta que estaba a la derecha, en lugar de abrir la puerta que estaba a la izquierda.

De pronto pestañeó.

Tragó saliva.

Se quedó parado sin saber qué hacer.

La chica se estaba cambiando de ropa ante un tocador. Parecía mentira que no se diese cuenta de que alguien había abierto la puerta y la estaba mirando. Sus líneas esculturales se mostraban en

toda su potencia, en toda su plenitud, en toda su juventud maravillosa. Phil Derby pensó que sólo podían compararse a las curvas de Mónica Seymour.

Como para quedarse pasmado allí dos días.

Como para sacar fotos en color y pasarse las noches enteras mirándolas.

De pronto, la muchacha se detuvo con el vestido a medio alzar. Phil estaba seguro de que le veía por el espejo del tocador, donde se reflejaba la puerta. Una súbita vergüenza se apoderó de él.

Todo lo que pudo decir fue:

—Perdone.

Ella no pareció ofenderse. Bisbiseó:

—Usted es un huésped nuevo, ¿verdad?

—Pues..., sí. La verdad es que soy nuevo.

—¿Se ha equivocado de puerta?

—Le ruego que me disculpe. No ha sido intención mía...

Ella se bajó los bordes del vestido y la visión hechicera desapareció.

—Salga —dijo ella, con voz que no reflejaba ningún enfado—. Y, por favor, no vuelva a equivocarse.

El joven pensó que no hay nada como la educación de las muchachas británicas de la buena sociedad.

No se inmutan ni ante un terremoto.

—Sí, claro que sí —dijo él—. Le ruego que me per...

Y fue a cerrar.

Pero de pronto se interrumpió.

De pronto su boca se abrió en una mueca de asombro y sus labios tuvieron un temblor espasmódico.

La muchacha se había vuelto hacia él.

Sus ojos hermosos, pero quietos y helados, le contemplaban fijamente.

—¿Qué le pasa ahora? —musitó—. ¿Por qué no se marcha?

—Es que...

—¿Qué?

—Ése..., ese cuadro.

Phil Derby estaba desconcertado por completo. Notaba que le temblaba la voz. Era ridículo, pero aquello resultaba más fuerte que él. Aquello le hundía, le quitaba las fuerzas.

—¿Qué pasa con ese cuadro?

Phil señaló el que estaba colgado muy cerca del tocador. En realidad en la habitación no había otro, pues el resto de adornos consistía en unas tallas en madera.

—¿Quién es? —susurró el joven—. ¿O quién era?

—¿Usted no conocía al dueño de esta casa?

—¿A lord Seymour? ¡Oh, no...! Murió hace veinte años y yo sólo tengo veinticinco. Aunque le hubiese visto alguna vez, no me acordaría de él. ¿Por qué me pregunta eso? Usted tampoco pudo haberle conocido.

—Oh, no, pero a través de sus retratos sabía quién era. Como por ejemplo esta señora. Esta señora era su mujer.

Phil sintió que se le helaba la sangre en las venas.

Y eso que no había nada de siniestro en el cuadro. Pero le temblaban las rodillas.

Y eso que la pintura representaba a una mujer joven, elegante, de facciones agradables.

Pero a Phil se le nublaban los ojos.

No, no era por la mujer.

Era porque el retrato tenía en su regazo, acariciándolos suavemente, a cinco gatitos negros...

CAPÍTULO VII

La muchacha de las curvas potentes, la hermosa desconocida, susurró:

—¿Qué le pasa? ¿Tiene ese cuadro algo de especial?

—Oh, no. Perdone.

—¿Por qué no se va?

—Seguro que ésa... ¿Seguro que ésa era *lady* Seymour?

—Naturalmente... Conozco muy bien toda la casa, puesto que hace años que vivo aquí.

—Yo creí que los únicos huéspedes eran un militar retirado, un exdiplomático, un pintor famoso y tres norteamericanas millonarias.

—Yo soy la hija del coronel retirado —explicó la muchacha—. Me tuvo cuando ya contaba cincuenta años y quedó viudo casi inmediatamente. Desde entonces soy cuánto tiene en el mundo, aparte de su honor y su pequeño retiro. Por cierto, no le he dicho mi nombre. Me llamo Ellen Foster.

Phil pensó que con sus curvas le había «dicho» muchas más cosas que con sus palabras. Pero musitó:

—Encantado, señorita Foster. Me llamo Phil Derby y sólo soy un huésped de paso. Quizá usted me haya oído nombrar.

—¿Derby? ¿Derby...?

—Sí. Fotógrafo internacional. Mi firma aparece muchas veces en las revistas.

—Leo pocas revistas —dijo ella, algo desdeñosamente.

«Claro —pensó Phil—. Tú, para darte buen tono, sólo debes leer, mientras tomas el té a sorbitos, *La divina comedia*».

Pero se calló.

—Perdone —dijo, al fin, con voz suave—. Perdone que la haya molestado.

Y salió.

Quedó quieto en el pasillo, sin decidirse a entrar en su

habitación.

La sensación de pesadilla se había hecho ya angustiosa.

Flotaba en torno a su cabeza como una espiral negra.

Era incapaz de ponerse a pensar ahora. Tenía la sensación de que se volvería loco. De que acabaría dando cabezadas contra las paredes o contra el aire.

De una forma maquinal, como hacía siempre que algo le obsesionaba, decidió encerrarse en la soledad del laboratorio. Allí, mientras trabajaba, solían disiparse sus pensamientos. Pero en Lupus Street no tenía ningún laboratorio, claro. De modo que tomó las máquinas y, abandonando por un par de horas la vigilancia de Mónica, fue a su apartamento del barrio de Chelsea.

Vio que dos policías vigilaban discretamente la calle.

No era casualidad que estuviesen allí.

Por orden del superintendente Morrison, debían controlar todas las entradas y salidas de la casa, para proteger a Mónica. Uno de ellos, sin tratar de disimular, sacó una agenda y anotó tranquilamente algo, sin duda la hora en que Derby salía.

El joven se dirigió a Chelsea Manor Street, cerca del Town Hall, donde tenía su estudio. Una vez allí se puso a trabajar con el exclusivo deseo de librarse de sus pesadillas.

¿Pero por qué éstas eran más intensas cada vez?

¿Por qué llegaban a obsesionarle de aquel modo?

El joven perdió la noción del tiempo.

Cuando salió del laboratorio y asomó el rostro por la ventana, era ya de noche. La calle, que desembocaba directamente en el Támesis, en el Chelsea Enbankment, estaba llena de niebla. Una sensación de misterio, de pesadumbre, de muerte quizá, flotaba en el aire sin que uno acertara a explicarse por qué.

Phil lanzó sobre una mesa las fotos que había obtenido.

Eran buenas a pesar de todo. Eran casi perfectas, excepto algunas que tendría que desechar. ¿Pero por qué se fijó concretamente en una de las que le habían salido mal? ¿Por qué tuvo de repente la brusca sensación, tan profunda como una cuchillada, de que acababa de ponerse sobre una de las claves del misterio?

Miró con más atención la foto.

Era absurdo lo que sentía. Le dominaba la sensación de que allí

había algo, pero no sabía qué. La fotografía mostraba sencillamente el vestíbulo de la casa, un vestíbulo con elegantes muebles y algunos cuadros. Phil pensó que quizá eran los cuadros los que le hacían tener aquella sensación de pesadilla.

Se fijó detalladamente en ellos.

Pero nada. Eran simples paisajes.

Y ninguno de aquellos paisajes tenía un detalle especial. Ni un detalle curioso o siniestro.

Phil sudaba.

Era absurdo, pero a pesar de todo no lograba evadirse de aquella sensación. La sensación profunda, casi brutal, que le decía: «¡Aquí hay algo raro! ¡Estás en el camino!...»

Miró luego los muebles.

Muebles de estilo, algunos muy valiosos, pero normales dentro de su categoría. No había tampoco en ellos el menor detalle que hiciera relacionarlos con un crimen.

Y sin embargo...

Trató de imaginarlo.

Lord Seymour, el padre de Mónica, había muerto donde ahora se encontraba la muchacha.

En el primer piso.

Durante sus últimos instantes de vida, incapaz de hablar, había señalado tenazmente hacia abajo.

¿Hacia el vestíbulo?

Tal vez.

¿Pero por qué? ¿Qué tenía aquel vestíbulo de especial? ¿Qué era lo que él veía?

Inclinó la cabeza con desaliento.

Nada.

¡Al diablo!

Arrojó la foto con las otras y se puso la gabardina para salir del estudio. Como necesitaba andar, fue directamente hasta la estación del Metro de South Kensington, olvidándose de su coche. Tomó allí el ferrocarril de la línea Victoria, dispuesto a apearse en Sloan Square, desde donde podría ir en poco rato al barrio de Belgravia.

Tampoco se daba cuenta de que el tiempo pasaba.

No se daba cuenta de que el tiempo pasaba como la propia niebla.

Consultó su reloj maquinalmente.

¡Dios santo! ¡Las once!

Ya le había llamado la atención que el Metro estuviera casi desierto. Ya le había hecho estremecer, y no sabía bien por qué, el hecho de que algunos pasillos parecieran siniestros túneles que llevaban a la muerte.

Se equivocó de estación. Hizo un empalme absurdo. Estaba como obsesionado cuando se encontró de pronto en plena estación de Lancaster Gate, a pocos pasos de Hyde Park.

Cerró un momento los ojos.

«Me estoy convirtiendo en un obsesionado —pensó—. Y esto acabará mal, mal, mal...»

Salió y vio las calles convertidas en túneles de silencio. Fue andando hasta Marble Arch, en la esquina de Edgware Road. Allí había bastante tráfico y por eso utilizó el paso subterráneo para peatones que hay en aquella zona, y que además es obligatorio. Pero inmediatamente, cuando ya se encontraba en él, se dio cuenta de que había cometido un error.

¿Por qué? ¿Qué era lo que volvía a obsesionarle? ¿Qué era lo que temía, después de todo?

La penumbra allí abajo era espesa y se había convertido casi en oscuridad. Dentro del pasadizo no había nadie. Las sombras flotaban allí como en las viejas mansiones suelen flotar los fantasmas.

La sensación que Derby ya había tenido desde que tomó el Metro —la sensación de que alguien le seguía—, se hizo más intensa cada vez. Por eso había ido andando hasta Marble Arch, volviendo a veces la cabeza hacia atrás, pero sin ver nada sospechoso. Ahora, en cambio, la sensación de que le estaban siguiendo, de que había alguien allí, era agobiadora e inminente.

Entonces fue cuando lo pensó.

Le habían estado siguiendo, pero desde la otra acera.

Bayswater Road es lo bastante ancha para que él no se diera cuenta. Pero no le habían perdido de vista ni un momento y ahora..., ¡ahora estaban sobre él!

Vio de pronto una sombra que parecía desprenderse de las otras.

Y algo más.

En aquella siniestra soledad algo corría por el suelo, viniendo

hacia él.

Era..., jera un gatito negro!

Phil Derby tuvo la sensación angustiosa, cierta, implacable de que iba a morir. Supo que aquel gatito negro era la tarjeta de visita de la muerte.

Se dispuso a luchar, aunque no tenía armas. Fue a saltar hacia donde estaba aquella sombra negra.

Inútil.

Ni siquiera vio el fogonazo, aunque supo que habían disparado con silenciador, cuando sintió aquella mordedura en el cuello. Lanzó un gemido, se llevó las manos a la zona afectada y cayó de rodillas. Confusamente se dio cuenta de que era eso lo que le salvaba la vida, pues si no llega a desplomarse con tanta rapidez habrían acabado con él. La segunda bala se llevó por delante una de las baldosas blancas de la pared, justo en el sitio donde antes estuvo su cabeza.

Pero su misterioso atacante se dio cuenta de lo que había ocurrido. Se dio cuenta de que no estaba muerto.

Vino hacia él rápidamente, con la pistola en la mano. Iba a rematarle, iba a darle el « tiro de gracia » poniéndole el cañón en la sien. Y, curiosamente, Derby no sintió dolor, no sintió miedo. Sólo sintió curiosidad.

¡Por fin iba a ver la cara del asesino!

¡Por fin iba a desvelarse algo para él!

Pero no vio más que una sombra.

¿Hombre? ¿Mujer?

Imposible saberlo en aquel mundo de tinieblas.

Phil Derby intentó saltar de nuevo. Vio el cañón negro de la pistola que se acercaba.

Y el gatito negro.

El gatito negro que estaba quieto a su lado y que era ya como una obsesión para él.

Fue a volver la cabeza y a tensar los músculos en un intento desesperado de lucha.

En aquel momento hubo algo que le salvó la vida, pero que él no comprendió hasta un tiempo después. En aquel momento las figuras altas y sombrías de los dos policías encargados de la ronda aparecieron al final del pasillo subterráneo. Iban con las manos a la

espalda y caminaban cachazudamente, pero aunque no llevaban armas representaban para el asesino un peligro demasiado grave. No podía exponerse, desde donde estaba, a disparar contra los dos. Mientras lo hacía, Derby podía inmovilizarle los pies. Y si disparaba antes contra Derby, los policías ya estarían encima.

Se oyó un leve siseo de los zapatos, al girar. Luego, nada. Phil Derby abrió espasmódicamente los ojos al ver que hasta el gatito negro había desaparecido.

Los dos policías casi tropezaron con él. Habían visto la figura negra y trataban de seguirla, recelando alguna cosa, pero el hombre caído en el pasillo les hizo detenerse. Uno de ellos se inclinó y retiró la mano derecha completamente tinta en sangre.

—Oye, Jim... ¡Este tipo está herido!

—Y borracho quizá también —dijo Jim—. En vez de quejarse, no hace más que hablar de un gatito.

CAPÍTULO VIII

—Ha tenido suerte —dijo el doctor Rafols, mientras terminaba de aplicar el vendaje—. Si la bala llega a ir un poco más a la izquierda, le hunde las vértebras cervicales y usted no lo cuenta. Y hasta hubiera podido partirle la yugular... ¿Duele?

Phil Derby lanzó una maldición.

¡Claro que dolía, maldita sea!

Pero no podía quejarse porque al fin y al cabo había salvado la piel. Mónica le apretaba las manos, como queriendo ayudarle, aunque él estaba quieto y aguantaba el dolor. Dejaba hacer. Cuando el vendaje estuvo listo, masculló:

—¿Hasta cuándo?

—Mañana podrá quitárselo y sustituirlo por un pegote. Yo mismo me ocuparé de ello. Pero mientras tanto no haga ningún movimiento brusco porque le dolerá.

—¡Ya lo sé, cuerno! ¡No hace falta que me lo diga! ¡Cada vez que me muevo un poco veo las estrellas!

—Por eso debe quedarse en cama y no variar de postura. Oiga, Derby... Usted y yo nos conocemos desde hace bastantes años. ¿Cuánto hace que vive aquí?

—Sólo un día. Soy un huésped de paso.

—Hum... Pues tiene suerte. Éste ha sido hasta ahora uno de los lugares más exclusivos de Londres.

—Sí, ya sé que aquí no podían entrar desgraciados como yo. Es eso lo que le extraña, ¿verdad?

El médico lanzó una carcajada y se encogió de hombros.

—En fin, lo que digo es que puede estar contento. Volveré mañana, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, Rafols. Y de verdad siento haberle molestado con una tontería de esta clase. ¿Quién me mandaba meterme en líos?

El médico hizo un saludo a Mónica y salió.

Los dedos de Mónica temblaban más que nunca. Apretaba las manos de Phil Derby con una fuerza febril.

—Phil... Estoy asustada.

—Yo lo estoy por ti, Mónica. Pero no pensemos en eso ahora.

—¿Por qué han querido matarte? ¿Qué sabes tú de todo esto? ¿Qué peligro significas para el que asesinó a mi hermana?

—Si yo pudiera imaginarlo ya habría conseguido algo —musitó tristemente él—, pero es que no tengo ni idea. Imagino que habrán querido eliminarme porque el golpe les habrá parecido fácil y porque han pensado que yo me estoy metiendo demasiado en esto y puedo significar un peligro para ellos. Digo ellos sólo por hablar, ya que no sé si el asesino fue uno solo o fueron doce. Y sin embargo...

Ella entornó los párpados.

Phil había dejado de hablar.

Y era extraña la mirada de la mujer.

Por un instante se había hecho dura, quieta, casi maligna...

—Sin embargo, ¿qué? —musitó.

—Quisiera hacerte una pregunta, Mónica. Quizá no tenga sentido. Pero no te rías de mí.

—¿Cómo imaginas que puedo reírme?

—Es cierto... ¿Cómo puedo imaginar que vas a reírte en estas circunstancias? Pero quisiera que me contestases francamente, si es que sabes algo. ¿Por qué tu madre se hizo retratar con cinco gatitos negros?

Ella entornó otra vez los párpados un momento.

—¿Te refieres al retrato que está en la habitación de Ellen? Sí, es una pieza algo extraña... Pero no conozco la historia, te lo aseguro. Ya te dije que ni siquiera recuerdo a mi madre.

—¿No se te ocurrió nunca preguntar el porqué de ese retrato?

—No, no se me ha ocurrido nunca... Es decir, sí. Cierta vez me lo explicaron, aunque no le di importancia. Mamá había querido mucho a una gata que murió al dar a luz a cinco gatitos, todos ellos iguales y todos ellos negros. Parece que mamá llegó a adoptarlos, los crió con biberón y no los dejaba un momento. Quizá la historia sea simplemente ésa. Al fin y al cabo una historia muy sencilla... Pero lo curioso es que...

Ahora era ella la que se había detenido. Phil Derby entrecerró los ojos. Y ahora, sin que se diera cuenta, su mirada resultó también

penetrante y hasta tal vez un poco maligna.

—¿Qué? —musitó.

—Lo curioso es que, cuando desapareció mamá, también los gatitos desaparecieron con ella.

Phil cerró los ojos del todo.

Los pensamientos locos danzaban y danzaban en su cráneo como una espiral de muerte.

¿Una mujer que desaparece? ¿Una mujer que tal vez huye de su hogar? ¿Con cinco gatitos negros? ¿Adónde va una mujer con semejante *troupe* felina?

—Mónica... —bisbiseó.

—¿Qué?

—¿Qué edad tendría tu madre, si viviese ahora?

Ella se estremeció. Se estremeció de tal modo, que sus uñas casi produjeron rasguños en las manos de Phil Derby.

Y sin embargo, Mónica intentó sonreír. Intentó que su expresión fuera la más natural del mundo cuando dijo:

—¿Pero qué preguntas haces, Phil? Ella está muerta...

—No es tan seguro que lo esté cuando uno de tus abogados ha tenido que iniciar un expediente para que se declare su muerte oficial.

Los ojos de Mónica se entenebrecieron un poco.

—Phil, tu pregunta es de mal gusto —susurró.

—No lo tomes así. Contéstame sinceramente, por favor. Contéstame como si estuviéramos hablando de una mujer desconocida.

—Pues..., pues bien, mamá era mucho más joven que papá. Tendría ahora unos cuarenta y siete años.

—Por consiguiente aún podría ser una mujer ágil, una mujer capaz de... Es decir, de...

No se atrevía a seguir. No se atrevía tampoco a mirar a Mónica, que había palidecido mortalmente.

—¿Es cierto que os odiaba? —preguntó él, con suavidad—. ¿Es cierto que estaba loca?

—Nunca lo estuvo. El hecho de que tuviera que estar en una clínica no significa nada. Por la señorita Milton sé que no le gustó tener dos hijas tan rápidamente porque le habíamos hecho perder su independencia, porque le habíamos hecho perder su bonita

cintura... En fin, vistas las cosas a distancia, tengo la sensación de que no fue demasiado feliz con mi padre. El era un hombre ya mayor y quería tener hijos en seguida. Ella, en cambio, quería disfrutar un poco más de su existencia de niña mimada. Pero, en fin, eso no significa que nos odiase. Y si necesitó asistencia en una clínica fue..., fue... ¡Phil, yo no le doy a eso ninguna importancia! ¿Eres tú el que está loco, ahora? ¿A qué rincón monstruoso quieres ir a parar?

El no contestó. No se atrevía a contestar, pero sus pensamientos eran demoledores. Y sus pensamientos le enviaban a través del aire la imagen de una mujer todavía ágil, todavía joven, que había vuelto después de los años al ambiente de sus desengaños juveniles..., ¡y que sólo soñaba en una vieja y condenada locura! ¡Que sólo soñaba en matar!

—¿A qué rincón monstruoso quieres ir a parar? —siguió preguntando ella—. ¿Qué piensas, Phil?

El no contestó.

Fingió haberse dormido.

Pero los pensamientos seguían girando en torno a su cabeza como pájaros negros. ¿Era posible que la madre de Mónica aún viviese? ¿Era posible que estuviera rematadamente loca? ¿Era posible que su locura fuese tan peligrosa? ¿Era posible que...?

CAPÍTULO IX

—¡Eh, despierte! ¿Cómo se ha atrevido a pensar eso? —dijo la voz—. ¡Despierte, despierte de una vez! ¿Cómo se puede tener tan poco conocimiento? ¿No se da cuenta de que ofende la memoria de una muerta?

A Phil Derby le parecía que aquella voz venía del fondo de sí mismo, que era como la voz de su propia conciencia acusándole por unos pensamientos que nunca debió tener. Sólo al cabo de unos largos minutos se dio cuenta de que la voz venía del exterior, que era una voz cercana la cual le estaba acusando. También se dio cuenta de que alguien le zarandeaba débilmente.

Abrió los ojos.

Vio que estaba encendida la luz de su habitación.

La ventana frontera consistía en una mancha violeta. Aún era de noche. El hombre que le zarandeaba musitó:

—Vaya, menos mal... Ya despierta.

Derby bisbiseó:

—Aún es de noche... ¿Por qué no me deja dormir?

—¡Claro que es de noche, pero no la misma de ayer, sino la siguiente! ¡Ha estado usted sin sentido casi veinticuatro horas! Y ahora óigame... ¿Cómo se ha atrevido a pensar eso?

Phil Derby desvió la mirada.

Y entonces descubrió al que le hablaba. Nunca hubiera imaginado que fuese él. Aquella vieja gloria del Imperio Británico, el pintor laureado en nadie sabía cuántas exposiciones, el hombre que ya no tomaba los pinceles y sólo vivía de sus recuerdos, estaba ante él y le miraba con expresión furibunda.

En fin, era uno de los huéspedes de la aristocrática residencia. Casi le hacía daño, al apretarle con tanta fuerza.

—¿He estado veinticuatro horas sin sentido? —susurró el joven.

—Sí. Y le han cambiado el vendaje sin que se diera cuenta. Por

lo visto le administraron demasiados tranquilizantes y... ¡En fin, esos médicos de ahora son unos bestias! Pero a lo que iba: ¿Cómo ha podido pensar que la madre de Mónica aún vive y ha sido capaz de asesinar al cabo de los años a su propia hija? ¿Es que está loco? ¿O no tiene respeto para los muertos?

Phil le aconsejó calma con un movimiento de sus manos. Musitó con tristeza:

—No se ofenda. Además, no sé cómo pudo saber usted que yo había pensado eso.

—He visto a Mónica llorar. Está deshecha.

—¿Y se lo ha contado todo?

—Tiene confianza en mí. La conozco desde niña, y, por tanto, también conocí mucho a su madre.

Phil se incorporó, de repente. Notó que el cuerpo le dolía mucho menos que la noche anterior.

Sus ojos brillaron quietamente.

—¿Usted la conoció? —preguntó con voz tensa—. ¿Cómo era?

—Pues..., pues... ¡Una mujer maravillosa! ¡Y nadie tiene derecho a pensar mal de ella, créame! ¡Su extraña desaparición nos dejó helados a todos! Era una gran dama de hace veinte años, cuando las damas aún existían, aunque se había iniciado su decadencia. Yo pinté su retrato.

—¿El retrato con los cinco gatitos negros?

—Sí. ¿Por qué se extraña?

Dado el tono con que el viejo pintor hablaba de ella, Phil dedujo que veinte años antes había estado románticamente enamorado de la madre de Mónica, una mujer casada a la que las convenciones sociales le impedían ni siquiera mirar. Y aquella dulzura que supo imprimir al retrato no era más que una plasmación de sus sentimientos. Phil se dio cuenta de que aquel hombre era una mina, de que era el único que podía decirle las cosas que él ansiaba saber.

—Nunca pensé que la madre de Mónica fuera una asesina —murmuró—. Sólo le pregunté a Mónica si era posible que aún estuviera viva. Ella lo interpretó mal.

—Era una gran señora —dijo el pintor, como olvidándose de lo que le había traído allí—. Incluso en su época ya empezaban a no quedar mujeres como ella... Pinté su retrato y el de su sobrino George, que hace un par de años murió en Estados Unidos, y que

entonces era un chiquillo de unos doce o quince años. No crea que todo el mundo tiene el honor de ser pintado por mí, es decir, por el gran Bouffer. ¿O es que tiene algo que decir del cuadro en que ella está con los gatitos negros?

—No, no... Dios me libre... Es maravilloso.

El pintor se había exaltado. Iba ya por los caminos de la imaginación y no había quien le frenase. Con voz ronca, continuó:

—Mis cuadros están en los mejores museos; tanto es así que ya no van quedando obras en poder de los particulares. El de esa mujer y el de su sobrino quiso incluso comprarlos el Gobierno. Han venido dos delegados distintos, pero yo no les he hecho ni caso. ¡Al diablo! ¡No necesito el dinero para nada! El del sobrino ni siquiera sé dónde para. Pero ella era una gran dama, se lo aseguro. Y no consiento..., ¡no consiento que nadie dude de su honor!

—Jamás me hubiera atrevido —musitó Phil—. Lo de Mónica fue una simple pregunta.

—Más vale así.

El pintor hizo un gesto de hastío.

—¡Al diablo los museos! —barbotó—. ¡Al diablo los delegados del Gobierno! ¡Uno de ellos incluso tuvo la desfachatez de escribirme en lugar de visitarme, pidiendo que llevara los cuadros a la Galería Nacional! ¡Como si yo fuera un muerto de hambre que necesitara vender! ¡Yo, el gran Bouffer! Ni siquiera le contesté, claro. ¿Y usted? ¿Cómo se encuentra?

De repente, había cambiado. Ahora su genio estaba aquietándose y miraba a Phil casi con dulzura.

—¡Qué sucesos, qué sucesos! —murmuró—. ¡Ahora nadie lo entiende, nadie sabe lo que pasa en Londres! ¡Hay que ver! ¡Intentar asesinar a un hombre junto a Marble Arch, donde antaño estuvo el prestigio del Imperio Británico! ¡Vivir para ver! ¡Tener que soportar un imperio donde ahora los que mandan son los Beatles! ¡Más le valiera a uno morirse!

Se largó. Por lo visto el viejo Bouffer era un hombre de ideas fijas. Pero, gracias a él, Phil Derby ya sabía algo más de la madre de Mónica y podía llevar un poco más allá sus pensamientos. Al menos sabía que de aquel hombre aún podría sacar nuevas noticias.

Bouffer avanzó por el largo y silencioso pasillo.

¡Todo era tan solemne, tan reposado, tan quieto...!

Todo era allí como en el viejo Londres Victoriano, aquel Londres del imperio del que uno podía presumir.

Y, de pronto, Bouffer se detuvo.

De pronto sus ojos cansados de ver colores, de ver imágenes, de ver todas las bellezas de este mundo para trasladarlas al lienzo, vieron algo que no habían visto jamás. Vieron nada menos que la muerte.

Quizá otro no lo hubiera comprendido así.

Quizá otro no hubiera visto más que una cara allí donde Bouffer supo ver la muerte.

Pero sus ojos de viejo pintor, sus ojos expertos que conocían las líneas esenciales, sabían ver un rostro a través del tiempo. Y adivinaron inmediatamente de quién era aquella cara. Adivinaron de repente tantas cosas que apenas pudo susurrar:

—Noooooo...

Supo que allí estaba la muerte.

Detrás del primer rostro, había aparecido otro.

Y aquella voz había silbado...

—Mátalo, Kent... ¡Mátalo...!

CAPÍTULO X

La hoja del cuchillo rasgó el aire y se llevó por delante la mitad del cuello del viejo artista, sin que éste tuviera tiempo ni para lanzar un grito. De repente vio saltar su propia sangre y tuvo un extraño pensamiento que otro no hubiera tenido... «¡Uf, qué feo color! ¡Le falta calidad!». Cayó de rodillas y la segunda cuchillada se le hundió en el corazón. Rodó por el suelo entre el más absoluto silencio, componiendo la figura para que no le encontraran muerto con un aspecto desagradable.

Su último pensamiento fue: «¿Es que el gran Bouffer va a morir con una facha de mal gusto?».

La sangre resbalaba por el suelo y llegaba a manchar las hermosas alfombras persas. Los pies se movieron junto al cadáver. Los dos rostros, casi juntos, estaban crispados.

El cuchillo goteaba y dejaba en el suelo una siniestra mancha roja.

De pronto, la voz:

—¡Alguien nos ha visto! ¡Allí! ¡Allí! ¡Alguien nos ha visto!

Los ojos giraron.

Parecían una máquina fotográfica que se adentra en las tinieblas.

Aquellos ojos perforaban la oscuridad.

Vieron también los zapatos. Vieron los ojos.

—¡Allí!

Y de pronto otra vez la voz suave, felina, la voz que apenas se oía a un paso de distancia:

—Mata, Kent... ¡Mata!

El cuchillo avanzó de nuevo. Perforaba las tinieblas.

La víctima estaba allí. Casi ya se encontraba al alcance del acero. ¿Pero por qué aquellas tinieblas se hacían tan espesas? ¿Dónde estaba la luz? ¿Dónde se encontraba el conmutador? A Kent

no le importaba que le viesen mejor, puesto que de todos modos le habían visto mientras mataba y estaba dispuesto por eso a matar otra vez. Pero aquella oscuridad le desasosegaba. Tenía la sensación de avanzar por un océano negro. ¿Dónde estaban aquellos ojos que antes había visto? ¿Dónde? ¿Dónde...?

Y de pronto el frío.

Ese frío especial, ese frío que sólo se siente una vez y que no es sino el frío de la muerte.

Kent apenas pudo barbotar:

—Noooooo...

Cayó de rodillas mientras tragaba su propia sangre, se hundió en aquel pozo de tinieblas mientras apretaba espasmódicamente el pequeño cuerpo, mientras oía, como toda música al despedirse de este mundo, aquel largo «miauuuuuu» del gatito negro...

CAPÍTULO XI

—Se llamaba Kent Marlowe y era un delincuente habitual de la peor especie —dijo el superintendente Morrison, mientras paseaba de un lado a otro de la habitación—. Dos veces estuvo detenido bajo la acusación de asesinato, pero no se le pudo probar nada. Ahora no cabe duda de que él mató al profesor Bouffer, uno de los mejores artistas de nuestra época y una verdadera gloria del país.

Morrison apretó los puños y añadió:

—Menos mal que el asesino ha muerto. ¿Imaginan lo que hubiera sido en caso contrario? ¿Imaginan lo que hubiera ocurrido si en este país, donde ya no se aplica la pena capital, a un cerdo de esa especie no le hubiera pasado nada?

—La cadena perpetua no es tampoco una tontería —dijo un sargento, mientras indicaba con un gesto a los peritos dónde tenían que buscar huellas.

—Cadena perpetúa, cadena perpetúa... ¡Bah! Con los indultos y la buena conducta luego queda todo reducido a nada. ¿Usted qué opina, Derby?

Derby estaba sencillamente obsesionado.

Le parecía que los dos cadáveres —el del viejo pintor y este otro que ahora tenía a sus pies, y que había sido hallado a unas doce yardas de distancia— acababan de llegar desde las sombras del otro mundo. Todo aquello era tan absurdo, tan terrorífico, tan increíble, que le dejaba sin respiración.

Menos mal que ya empezaba a sentirse mejor.

Menos mal que la herida que estuvo a punto de costarle la piel ya no le dolía.

Miró a los demás que estaban con él: la señora Milton, encargada de la residencia privada; Mónica, que tenía los ojos dilatados por el horror; los tres sirvientes que atendían aquello; Ellen Foster, imperturbable y serena; su padre, el coronel, que sin

duda hubiera querido ordenar allí mismo la formación de un consejo de guerra; el diplomático retirado que ya no volvería a las embajadas...

Todos miraban como obsesionados el cadáver del pintor, aquella gloria nacional cuyos cuadros figuraban en los mejores museos del mundo.

Claro que también había alguien más.

Esta vez era excepcional.

Aquel hombre de unos treinta años, bien vestido, impecable, en el que cualquiera hubiese notado una ilustre cuna, adelantó un par de pasos y dio su tarjeta al superintendente Morrison.

—¿Por qué me la da otra vez? —musitó éste—. Ya sé quién es usted.

—Claro que lo sabe —musitó a su vez el hombre—, pero quiero que guarde mi tarjeta con la copia de las declaraciones. No quiero que nadie se confunda. Yo soy Richard Porter y estaba aquí por un motivo puramente profesional.

—¿Profesional? ¿Por qué estaba aquí, señor Porter?

—Tengo un alto cargo en el museo Victoria y Alberto, usted lo sabe. Me ocupo de adquirir para el mismo, obras de gran valor pictórico, y por eso había hablado un par de veces con el ilustre Bouffer. Era un hombre que pintó poco y cuyas obras apenas se encuentran. Sólo quedaban prácticamente dos que el Gobierno pudiera adquirir para el museo: el retrato de *lady* Seymour y el de un sobrino suyo que murió en Estados Unidos. Había hecho gestiones para comprarlos oficialmente, pero Bouffer siempre me echó con cajas destempladas.

—No necesitaba el dinero. Vivía un poco de sus recuerdos en este ambiente antiguo —dijo el coronel Foster—. Un poco como todos nosotros, que ya somos de distinta época. ¿Y usted había vuelto esta noche para insistir en la compra?

—Sí —dijo Porter—; estaba en el recibidor y noté que el pasillo de la izquierda, es decir éste, se encontraba a oscuras. Me extrañó sobre todo cuando oí unas voces. Algo así como «Mátalo...», pero no estoy seguro. Adelanté unos pasos a ciegas y me encontré con el cuerpo de este hombre. Fue así como me encontró la señora Milton, un minuto más tarde.

—O sea que usted es el primer sospechoso —dijo tranquilamente

Morrison—; al menos es el hombre que estaba junto al cadáver. Un poco más y le pillan con las manos en la masa.

Las facciones de Porter se ensombrecieron.

—No bromea, Morrison. Tengo un cargo oficial, procedo de una ilustre familia y todo el mundo me conoce en Londres. Si cree que voy a ir por los pasillos matando asesinos a sueldo...

—Pudo hacerlo por vengar a Bouffer. Está claro que Kent lo mató por encargo de alguien y luego alguien lo mató a él.

—¿Por qué había de hacerlo?

—No había de hacerlo, sino que lo hizo. La prueba es que Kent Marlowe está muerto. La explicación, aunque a usted no le guste, Porter, puede ser ésta: Kent se dio cuenta de que usted estaba en el recibidor y había sido testigo del crimen. Entonces decidió eliminarlo. Usted, en defensa propia, lo mató a él. ¿Le satisface esa hipótesis?

Los ojos de Porter llameaban. A pesar de su impecable educación, se notaba que estaba a punto de saltar y de sufrir un ataque de nervios.

—No, no me satisface ni pizca, superintendente —dijo, con voz ronca.

—Por un caso tan claro de defensa propia no le impondrían ni una hora de cárcel...

—¿Qué pretende? ¿Qué confiese lo que no he hecho?

—Sólo expongo una hipótesis... Bien... Lo de usted se solucionará más tarde, señor Porter, aunque trataré de no molestarle demasiado. De todos modos una cosa parece clara, y es que si usted oyó la voz «Mátalo», había más de una persona. ¿Dónde está la otra? Es decir, ¿dónde está la que pagó a Kent para que cometiese su asqueroso crimen?

—Parece usted dar por descontado que Kent no obró por cuenta propia —dijo, sombríamente, Phil.

—Claro que lo doy por descontado. Kent era un simple asesino a tarifa fija que mataba por encargo de los demás. En todas las grandes ciudades los hay. Y hasta, en cierto modo, el salvajismo con que fue asesinada Nancy llevaba su «marca de fábrica». No me extrañaría que este tipejo, con uno o dos compañeros más, hubiera hecho aquel asqueroso trabajo, pero siempre por cuenta de otro.

Phil parpadeó.

Pensaba lo mismo, pero seguía sin encontrar a aquello ninguna explicación.

—¿Y el gatito negro? —musitó—. ¿No es cierto que Kent aún sostenía en sus manos rígidas un gatito negro?

—Sí —dijo el superintendente Morrison—. Sin duda iba a dejarlo junto al cadáver de Bouffer como dejaron otro junto al cadáver de Nancy y como estuvieron a punto de dejar uno junto a usted, Phil Derby, lo cual indica que sin duda pensaban matarle. Esos gatitos negros son, pienso yo, la marca del asesino, aunque temo morirme sin haber averiguado por qué.

Phil estaba obsesionado.

No podía dejar de pensar en lo mismo.

Y por eso barbotó:

—Sí. ¿Por qué?

Morrison simuló no oírle.

—Hemos examinado el gatito —murmuró—, y aunque ahora lo tiene un técnico veterinario no creo que haya nada de especial en él. Se trata de un animal de un par de semanas, hermano del que apareció junto a Nancy. Una gata debió tener cinco o más gatitos, todos negros, y alguien se los llevó. Eso indica que tal vez pensaba matar a cinco personas, de los cuales ya ha eliminado a dos. Es una simple hipótesis, claro. Pero usted tenía que haber sido la tercera, Derby.

A Phil aquello no le hizo maldita la gracia.

—No sé quién me ha metido en este lío —barbotó—. Yo nada tengo que ver.

—Tal vez sí que lo tenga. Por lo pronto, Mónica puede ser una de las futuras víctimas, y usted está dispuesto a defenderla como sea. ¿No es suficiente razón? ¿No pueden pensar en eliminarle como se elimina un obstáculo?

Phil cabeceó.

No se atrevió a decirlo, pero seguía obsesionado por una idea. ¿Qué sabía realmente él? ¿Qué existía en las fotografías que él obtuvo? ¿Qué había visto?

Porter, al ver que Morrison se acercaba, gritó de pronto:

—¡No se acerque a mí! ¡No me ponga la mano encima, cochino polizonte! ¡Soy capaz de convertirle la cara en un cuadro!

—Sí —dijo Morrison mientras lo sujetaba por un brazo,

dispuesto a llevárselo—. Para que me cuelguen en el Museo Británico...

CAPÍTULO XII

Phil Derby caminaba con las manos unidas a la espalda.

Parecía una fiera enjaulada. Sus ojos perdidos no miraban a ninguna parte. Llegaba hasta la pared, volvía, alcanzaba la pared opuesta, giraba... Cualquiera que lo estuviese mirando se habría dado cuenta de que algo le obsesionaba. Y en realidad era así. Su pensamiento daba vueltas, vueltas, vueltas...

Tantas como él.

Ellen Foster, la hija del coronel, que estaba sentada en una de las butacas de la inmensa biblioteca, con las piernas cruzadas y mostrando generosamente bastante más de lo que debería mostrar, dijo:

—¿Qué le pasa? ¿Por qué no se sienta un momento y trata de calmar los nervios?

El joven no contestó.

Seguía paseando como un león enjaulado.

—También podría calmarse mirando los cuadros —dijo ella suavemente—. Le conviene, créame. Y aquí hay unos cuadros magníficos. Mírelos... El de la extrema izquierda un Ribera, el de su lado un Rousseau...

—Eso es lo que me parece detestable —dijo Phil, volviéndose, de repente—. Un Ribera y un Rousseau no debieran ser colocados juntos jamás. Un estilo trágico y un estilo ingenuo, ¿cómo compaginan? Si de mí dependiera, los cambiaría.

—¿Lo ve? —preguntó Ellen—. ¿Ve cómo ya empieza a librarse un poco de sus obsesiones?

El joven se detuvo.

Pensó en el cuerpo escultural de la chica, aquel cuerpo maravilloso y tan parecido al de Mónica, que ella le mostró ampliamente cuando él se confundió de dormitorio. Ellen no parecía haberse turbado por eso, ni muchísimo menos. Su actitud,

como ahora al enseñarle tanto las piernas, era la de una mujer que sabe lo que arriesga y sabe lo que quiere.

¿Una aficionada a los hombres?

¿Una inconsciente?

¿Una que quería meterle en sus redes para algo que Phil aún no podía adivinar?

No, no parecía nada de eso. Más bien parecía una chica tímida. Para definir a Ellen Foster, uno hubiera podido decir que era una preciosa muñeca del siglo veinte cargada con todos los prejuicios y los complejos del siglo diecinueve.

—¿Por qué no se ha casado? —preguntó él, de repente—. ¿Le dan miedo los hombres?

—Oh, no...

—¿Pues por qué?

—¿Es que hay obligación de casarse, Phil?

—Usted es muy bonita. Le habrán hecho proposiciones a docenas.

—Sí, claro. A todas las chicas les pasa lo mismo.

—No, a todas no. Sólo a las que son muy bonitas como usted. ¿Y por qué no ha aceptado ninguna?

—Por mi padre.

Lo había dicho sencillamente, pronunciando la palabra «mi padre» con cierta devoción. Phil se volvió aún más y la miró con sorpresa.

—¿El no quiere que se case? —susurró—. ¿Por qué?

—Oh, no, no... El nunca turbaría mi libertad. Me quiere demasiado para eso... Soy yo la que no está conforme con dejarle solo. Ya lo dejé cuando pasé dos años en la universidad de Cambridge y sé lo que sufrió. No quiero dejarlo ahora para toda la vida.

—Podría vivir con ustedes, ¿no?

—Es demasiado orgulloso, demasiado independiente. Las viejas tradiciones lo son todo para él, y en cambio para los jóvenes de hoy ya apenas significan nada.

Phil chascó dos dedos.

—Quiere mucho a su padre, ¿verdad, Ellen? Mucho...

—Es la persona a la que más quiero en el mundo. Haría cualquier cosa por él.

—Ya la hace, diablos, ya la hace. La vida que usted lleva aquí tampoco es lo que se dice una ganga.

—Al menos estoy tranquila.

Phil Derby siguió andando. Por unos momentos había logrado distraerse, pero ahora los malditos pensamientos volvían a él. Lo extraño era que en este momento ya no se referían a la madre de Mónica, que había dejado de ser sospechosa. Ahora se referían exclusivamente a Porter, el único que, según él, según lo que le decía su cerebro, podía haber traído hasta allí a Kent para matar al viejo pintor Bouffer.

¿Pero por qué? ¿Qué sentido tenía todo aquello?

¿Dónde estaba la horrible verdad?

Y de pronto el joven susurró:

—Dios mío...

Ellen alzó la cabeza.

—¿Qué ha dicho con esa voz tan extraña? ¿Qué le pasa?

Phil Derby se llevó las manos a la cara lentamente.

Sus gestos eran lentos, aplomados, patéticos, como si todo el cuerpo le doliera. ¿Cómo no lo había pensado antes? ¿Cómo estuvo tanto tiempo ante la fotografía y no lo vio?

¡Claro! ¡Ahora lo comprendía! ¡Era aquello!

No lo pensó más. Salió precipitadamente de la biblioteca y dejó a la asombrada Ellen Foster con un palmo de narices.

Y con un palmo más de piernas de lo que hubiera debido enseñar, todo hay que decirlo.

Un minuto después, Phil Derby corría como un obsesionado hacia su pequeño laboratorio de Chelsea.

CAPÍTULO XIII

Las fotos estaban allí, tal como las había dejado. Pero Phil no se fijó en todas, sino sólo en una de ellas, en una de las imperfectas que estaban destinadas a ser destruidas.

Ya se había fijado antes en la fotografía, cuando tuvo todas las copias. Fue la que le produjo la extraña sensación de que allí había algo. Y ahora veía qué era. Todo se debía a un azar. Ahora se daba cuenta.

Un foco mal colocado.

El foco que había colocado Mónica para distraerse. Phil le había pedido que le ayudase a fin de que la muchacha se librara de su obsesión. Y había pasado por alto defectos técnicos que Phil no hubiese cometido nunca.

Por ejemplo la luz de aquel foco.

La luz parecía un rastrillo que arañara la pared.

Le sacaba demasiados relieves.

Le hacía tener tortuosidades que el ojo humano, a simple vista, no hubiese captado nunca.

Y allí estaba lo que desde el primer momento le llamó la atención. ¡Era aquello!

No se trataba de los cuadros. ¡Se trataba de la pared! ¡Allí estaba el secreto!

Phil Derby guardó la foto en uno de sus bolsillos. La mano casi le temblaba.

Descolgó el teléfono y marcó el número del New Scotland Yard. El superintendente Morrison no estaba ya en su despacho. Hubo de molestarlo en su casa.

—¿Tan importante es? —preguntó el policía—. Iba ya a acostarme.

—Claro que es importante. Tanto que... ¡puede ser la clave de todo! ¡Venga con cinco hombres a la pensión Milton, donde murió

el pobre Bouffer! ¡Y venga también con una orden de registro total!
¡Sobre todo no olvide eso!

—¿Pero qué pretende?

—Ya se lo explicaré allí —dijo Phil—. Estoy seguro de no equivocarme. No pierda tiempo y muévase. Yo voy directamente.

—Pero...

Phil no quiso escucharle más.

Había colgado ya.

Salió precipitadamente de la casa. En este momento no tomó ninguna precaución porque estaba obsesionado por sus ideas.

Y no se dio cuenta, por lo tanto, de que alguien le había seguido.

Alguien que hubiera podido matarle a distancia con un silenciador, pero que por el momento no intervino.

Cuando Phil Derby llegó de nuevo a la vieja residencia, a aquel mundo aristocrático de la pensión Milton donde el tiempo se había detenido, no pudo imaginar ni remotamente que durante gran parte de su trayecto por Londres le había estado mirando la muerte.

CAPÍTULO XIV

El superintendente Morrison tenía cara de mala uva cuando se presentó de nuevo en la elegante residencia de Lupus Street. Su flema y su educación británicas no lograban disimular dos cosas: que no le gustaban los detectives aficionados y que consideraba de mal gusto hacer descubrimientos sensacionales a aquella hora. Uno podía aguardar a estar inspirado después de las nueve de la mañana, qué cuerno.

Dirigió a Phil Derby una mirada de soslayo.

—Creo que usted hubiera hecho mejor largándose, señor Derby —fue lo primero que dijo—. Creo que ha perdido unos buenos honorarios y una excelente opción profesional aplazando su viaje a Siberia.

—Creo que Mónica me necesita en estos momentos, y ella es lo más importante para mí —musitó Derby—. Si a una muchacha que nunca ha tenido cariño la abandonase precisamente ahora, merecería que no me volviese a mirar a la cara nunca más.

Morrison se encogió de hombros.

Miró a los huéspedes, todos aquellos fantasmales seres que se movían en el mundo tradicional y Victoriano de la pensión Milton. Después del traslado del cadáver de Bouffer, parecía como si no hubieran pegado un ojo. El diplomático, sobre todo, estaba deshecho. Y las tres millonarias yanquis aparecían pálidas y ojerosas, aunque por nada consentían que las sacasen de allí.

El superintendente gruñó:

—Bueno, ¿de qué se trata?

—Mire esta foto.

—Sí, ya la veo, ¿y qué?

—Quizá un profano no note nada, como tampoco captaría los detalles el ojo humano, sobre todo porque uno siempre mira las paredes superficialmente. Pero observe esto. El foco mal colocado

hace que la luz casi arañe la pared y saque todos sus relieves. ¿No nota algo raro aquí? ¿No observa que en este lugar hubo una puerta?

En efecto, el detalle de la máquina y su precisión, que además habían fijado la imagen, mostraban algo que el paseo superficial de un ojo humano nunca hubiera podido descubrir. La pared tenía rugosidades que indicaban la existencia de una vieja puerta. El tapizado claro de las paredes no llegaba a impedir que eso se notase, o que al menos lo notaran los ojos de un profesional.

Morrison bisbiseó:

—Sí... Es cierto. Pero no hay nada de extraño en que una vieja casa tenga puertas clausuradas. Todas las tienen. Y si usted se refiere a un sitio por el que pueda entrar y salir en secreto la gente, se equivoca. La tapicería que la cubre está intacta.

—No me refiero a eso —murmuró Derby—. Quiero decir que existió una puerta y detrás de esa puerta tiene que haber algo.

Morrison le miró con burlona curiosidad.

—¿Sabe que no ha hecho usted ningún descubrimiento sensacional, amigo? Si sólo se trata de eso, ¿a qué tanto jaleo y por qué pedir a estas horas una orden de registro? Ya le he dicho que todas las viejas casas de Londres tienen puertas condenadas, sin que eso signifique absolutamente nada. ¿Usted qué opina, señorita Milton?

La vieja doncella (convertida ahora en una auténtica señora) y que se había hecho cargo del edificio al morir lord Seymour, esbozó apenas una sonrisa.

—Debo darle la razón, señor Seymour —dijo—. Lo que hubo aquí no significa nada. ¿En qué se basa para creer que esto tiene importancia, señor Derby?

—En un solo detalle: lord Seymour murió sin poder recobrar el uso de la palabra. Después del casual accidente, lo trajeron aquí, a su casa, porque se estaba muriendo y nada más se podía hacer por él. Su último gesto fue un gesto desesperado: señalar hacia abajo. Quería decir algo, sin duda. Y seguramente señalaba hacia este vestíbulo.

Morrison cabeceó.

—También podía señalar hacia el garaje. O hacia la calle.

—Cierto. Pero da la casualidad de que aquí había antes una

puerta.

—Si sólo se trata de eso —dijo la señora Milton—, es sencillo. Yo se lo explicaré: Aquí estaba la entrada de uno de los sótanos, que sólo se utilizaba como carbonera. Ya sabe que hace veinte años las calefacciones aún solían funcionar con carbón, pero lord Seymour había instalado un sistema de *fuel*. Por tanto esto ya no se utilizaba. Era un sótano calamitoso y en el que no entraba nadie. Cinco días después de morir lord Seymour, cinco días terribles durante los cuales estuvimos ocupados con los funerales y la búsqueda de la desaparecida esposa, se produjo una grieta en la pared, encima de la puerta. Ahora que usted lo ha dicho, señor Derby, quizá lord Seymour sabía algo y quiso advertirnos.

—Aunque él hubiera intuido el peligro de la grieta, no creo que se hubiera ocupado de eso en el momento de morir —dijo bruscamente Phil.

—Está bien, está bien... Sólo trato de decirle que el asunto no tiene tanta importancia, señor Derby. Llamamos a un arquitecto, porque con estos viejos edificios hay que tener cuidado, y dijo que el peligro desaparecería tapiando la puerta del sótano. Al convertir el arco en pared maestra, todo el edificio aguantaría perfectamente. Lo hicimos, y luego tapizamos encima. Creo que desde entonces nada ha vuelto a tocarse.

Phil Derby tenía una oscura sensación en el pecho era un frío en el corazón que no sabía explicarse. Con voz velada preguntó:

—¿Qué hicieron con los muebles del sótano?

—No había muebles, señor Derby. Sólo un primer sótano y un segundo sótano con pilas de carbón que no valía la pena trasladar con cestos porque el valor de los jornales hubiera superado el valor de la mercancía. Yo misma dije que tapiaran directamente y sin preocuparse de nada más. En un día, el trabajo estuvo hecho. Luego vinieron los pintores, los tapiceros... ¡y en paz!

El superintendente Morrison se encogió de hombros.

—Bueno, ¿ésa es toda la historia? ¿Y qué?

—Sigo pensando en algo —susurró Phil—. Lord Seymour tuvo un último y desesperado gesto, y ese último y desesperado gesto consistió en señalar hacia aquí. Por favor, destruyan la pared que tapia la puerta.

—Pero... ¡Eso es imposible! —bisbiseó la señora Milton (señorita

para los amigos)—. ¡Harían un destrozo! ¡Y habría que apuntalar el resto de la pared para que no se hundiese!

—El problema no es tan grave —murmuró Phil—. Se trata sólo de hacer un hueco por donde pase un hombre.

La señora Milton miró a Mónica. Ésta hizo un gesto afirmativo.

—Yo soy la dueña de la casa y le pido que lo hagan, señora Milton —murmuró la muchacha—. Llame al señor Hodgson, el constructor de obras al que he hecho tantos encargos. El conseguirá hombres aunque sea a estas horas. Vamos, no se entretenga.

También Mónica Seymour parecía dominada por una especie de sorda angustia. También ella entrelazaba los dedos furiosamente, clavándose las uñas en las palmas de las manos.

La gestión con Hodgson tuvo éxito. Hodgson había construido por cuenta de los Seymour bloques de edificios en Bristol y apartamentos en una playa de Dover. Por lo tanto, le interesaba estar a bien con ellos. Se presentó apenas una hora después, con cuatro hombres, una camioneta y todo el material necesario para hacer un apuntalamiento.

Morrison pensó:

«¡Menuda factura presentará luego el tío!».

Pero como no iba a pagarla Scotland Yard, se abstuvo de hacer comentarios.

El trabajo estuvo hecho en apenas una hora. Quedó un hueco suficiente para que por él pasara un hombre.

Phil empuñó una linterna.

—Venga conmigo, Morrison.

—¿Qué espera encontrar?

—No lo sé, pero al menos debemos entrar, puesto que lo más difícil está hecho. Vamos.

Penetraron, agachados los dos. La luz de sus linternas les mostró una visión de ultratumba.

El polvo de veinte años se había ido acumulando en el sótano.

El aire era muy espeso y estaba cargado de olores difícilmente precisables, pero se podía soportar bien sobre todo debido a la corriente fresca que entraba por el hueco.

Había enormes pilas de carbón.

Los cables de la luz habían sido arrancados para que en el interior no pudiera producirse ningún corto circuito.

Las bóvedas eran de piedra y correspondían a la parte más antigua del edificio.

Los dos hombres pisaron con precaución. No había nada de especial allí, como dijo la señora Milton. El superintendente hizo un gesto de hastío.

—¿Adónde quiere ir a parar con todo este lío, Derby?

—Espere. Allí hay otra puerta.

—Sí, claro: la del segundo sótano. Ya nos lo han dicho.

—Hay que abrirla.

—¿Y qué espera encontrar? Lo mismo que aquí: pilas de carbón y montañas de polvo.

Phil no hizo caso de la observación.

—La puerta es muy sólida —dijo—. Tremendamente sólida, como debió serlo la primera. Desde el vestíbulo no se oiría nada, por mucho que alguien gritase desde ahí detrás.

Morrison palideció bruscamente.

La mano derecha, con la que empuñaba la linterna, tembló de tal manera que se produjo en el sótano como un fantasmal bailoteo de luz.

—¿Qué ha querido decir, Phil? ¿Qué clase de solemne monstruosidad está pensando?

—Nada, Morrison. Nada, excepto que lord Seymour hizo un último gesto. Nada, excepto que su esposa era más joven que él y no parecía haber conocido la felicidad en el matrimonio. Nada, excepto que desapareció el mismo día en que moría lord Seymour, o tal vez el día anterior. Nada excepto que durante cinco días, después de la muerte del dueño de la casa, la gente estuvo ocupada con los funerales y a nadie se le ocurrió acercarse por aquí.

El superintendente estaba más pálido cada vez.

Su mano seguía temblando, cuando empujó el pomo de la puerta.

Y entonces fue cuando la luz se proyectó sobre todo aquel horror.

Entonces fue cuando lanzó un grito.

Cuando también lo lanzó Phil Derby.

Entonces fue cuando vieron aquellas dos momias una junto a la otra, con los vestidos casi intactos y las facciones descarnadas, las cuencas espantosamente vacías, las manos aún inclinadas hacia

adelante, los cuerpos inclinados en un último espasmo de desesperación... Entonces fue cuando vieron también aquellos cinco esqueletos diminutos, aquellos cinco cuerpecillos insignificantes, aquellos restos de lo que habían sido cinco gatitos negros.

CAPÍTULO XV

—Que Mónica no vea esto —fue todo lo que se le ocurrió decir a Phil—. Por Dios, que no lo vea...

El superintendente estaba materialmente petrificado.

A pesar de su costumbre, a pesar de que había visto todos los horrores imaginables en este mundo, ahora se sentía desbordado. De pronto, su moral pareció derrumbarse. De pronto, en lugar de tomar una decisión, todo lo que se le ocurrió decir fue:

—Dios santo...

Los dos hombres desviaron intencionadamente los discos de luz. Alumbraron solamente el suelo, ignorando a propósito el horror que les rodeaba.

Hubo un largo silencio.

Un tenso, un dramático silencio, cargado de presagios.

Por fin Derby musitó:

—¿Quiere que reconstruya los hechos, Morrison? ¿Quiere que le hable minuto a minuto de lo que pudo ocurrir veinte años atrás?

—Ya lo imagino, pero hágalo. Al fin y al cabo también tendrá que explicarlo al redactar el informe.

—*Lady* Seymour no era feliz en su matrimonio —dijo, lentamente, Phil—, y ello culminó en una consecuencia desagradable, inmoral, pero que se produce, a veces, en la realidad: tomó un amante. Supongo que debía ser de buena familia, porque *lady* Seymour no se trataba con barrenderos. Incluso quién sabe si un huésped de esta casa, ya que fueron sorprendidos aquí en pleno diálogo amoroso.

—¿Sorprendidos? —musitó Morrison.

—Sí, por el propio lord Seymour. Imagino la situación real y más aún la situación moral en un mundo, el de hace veinte años, que respetaba mucho más que ahora los valores tradicionales. Supongo que lord Seymour vaciló entre el deseo de matarlos y el de

denunciarlos, pero ambos caminos llevaban al escándalo, sobre todo si —como supongo— el amante también era de buena familia. Quizá entonces decidió pensarlo. La muerte de lord Seymour ocurrió en lunes, o sea que el día anterior era domingo. Seguro que fue entonces cuando se desarrolló el drama, en la residencia donde quizá no había nadie a aquella hora. Lord Seymour los encerró en esta parte del sótano, quién sabe si a punta de pistola. También encerró a los cinco gatitos negros que eran los juguetes de su mujer, en parte para que no dieran un concierto gatuno y en parte para que no se situaran en cofradía ante la puerta por donde su dueña había desaparecido. Imagino que lo que lord Seymour quería era pensar en la situación con un poco de calma y resolver algo. Tampoco estaba de más —debía pensar— el darles un escarmiento. Y una noche encerrados aquí, en plena oscuridad y sin saber lo que iba a pasar con ellos, era como para dejar a cualquiera sin ganas de repetir.

El superintendente asintió con una cabezada.

Aquel clima opresivo mitigaba su voz, cuando dijo:

—Le entiendo perfectamente. Siga.

Phil musitó:

—Llega el lunes y lord Seymour no ha decidido nada. De todos modos la cosa aún no es grave porque sólo ha pasado una noche y la esposa infiel y su amiguito están en el sótano en perfecto estado de salud. El marido engañado camina como un sonámbulo por las calles. Aún no ha resuelto el problema y sigue vacilando entre la venganza, el escándalo y el simple perdón. De pronto, como no se fija ni en dónde pone los pies, cae bajo las ruedas de un coche. Las lesiones son mortales y él quizá pide que le lleven a su casa. Sólo tiene una obsesión: ¡Sacar de allí a su mujer! ¡Salvarla!

El superintendente asintió con una cabezada.

Sentía frío hasta en la médula de los huesos.

—Pero cuando le llevan a casa —siguió diciendo el joven—, ya es incapaz de hablar. Se está acabando por momentos y lo único que logra hacer es señalar desesperadamente hacia abajo. Muere sin que le hayan entendido, y lo terrible es que con los funerales y la búsqueda de la esposa transcurren cinco días.

A Morrison el sudor ya le resbalaba hasta la comisura de los labios.

¡Y eso que hacía frío allí dentro!

Musitó:

—¿Cree que en cinco días gritaron? ¿Y nadie les oyó?

—Aquí no hay ventanas, y las dobles puertas eran demasiado sólidas para eso. Además las dos estaban cerradas desde fuera.

—Y cuando los albañiles derribaron la primera y se pusieron a levantar la pared maestra, ¿tampoco debieron oírlos?

—Claro que no... ¿Quién olvida los cinco días transcurridos? Un cuerpo humano sin agua y sin comida; sin luz y sumido en la más espantosa desesperación, no resiste tanto. Aun suponiendo que estuvieran vivos al cabo de ese tiempo, no tendrían fuerzas para gritar. Luego la puerta fue tapiada... y se hizo el silencio eterno.

Morrison se secó el sudor.

Ya no podía más.

Le ahogaba estar allí dentro.

—Salgamos —musitó—. Salgamos, por el amor de Dios... Pero habrá que iniciar un expediente... ¿Qué le diremos a Mónica?

—La verdad y nada más que la verdad, claro, pero sin dejarle ver los cadáveres. Al tratarse de su madre, el impacto sería demasiado horroroso para ella. Y después de lo que ocurrió con Nancy... No, no quiero que acabe volviéndose loca. A partir de este momento todo queda en sus manos, superintendente.

El otro cabeceó.

Estaba más helado cada vez. Le dolían hasta los huesos de los pies.

Phil Derby tuvo el suficiente valor para acercarse a las dos momias. No producían ya asco ni miedo, pero sí una terrible lástima. Miró el traje del hombre, que, pese a las circunstancias, aún se notaba de excelente corte, y observó la etiqueta del sastre, que aún era legible. Correspondía a una acreditada y vieja sastrería del Strand, muy cercana a Trafalgar Square. Después de eso no hizo nada más. La única persona de la cual se ocupó fue Mónica.

Y a fe que ya era bastante.

La muchacha corría el peligro de volverse loca.

Durante largas horas, Phil Derby le acarició los cabellos, la consoló, le infundió ánimos, le hizo ver el lado agradable de la vida, la tranquilidad. Por fin, a la mañana siguiente, consiguió que la muchacha se durmiera, después de administrarle unos sedantes.

Pero él no consiguió dormir. El estaba convertido en su propia momia, en su propia sombra, en su propia basura, vamos. Estaba como para que lo metieran en un cubo y lo dejaran para la recogida, delante de la puerta.

CAPÍTULO XVI

Lo primero que hizo cuando consiguió despreocuparse de la muchacha fue mirar en los viejos libros registro de la residencia. Como aquél había sido uno de los lugares más exclusivos de Londres y tantas personalidades habían desfilado por allí, las firmas de los libros registro tenían ya un valor histórico de primera importancia. Hubo de hurgar en la caja de caudales para dar con ellos. Y lo primero que le sorprendió fue que la policía, siguiendo lentamente unos trámites rutinarios, aún no hubiera tenido la ocurrencia de consultarlos pese a la insinuación que él mismo hizo a Morrison: «El amante de *lady Seymour* pudo ser un huésped».

Buscó en los registros de la época un nombre conocido, aunque eso era un poco como buscar una aguja en un pajar. Precisamente había allí tantos nombres conocidos que lo difícil resultaba elegir. Pero, sin embargo, el joven lo encontró. Y un momento más tarde, al reflexionar sobre todo aquello, comprendió que era absolutamente lógico que lo hubiera encontrado. Era absolutamente inevitable. Ahora todo ligaba tan bien, todo era tan perfecto, tan redondo, tan elemental que sólo tenía que extender un dedo para señalar al asesino y decir: «Es ése».

Le faltaba hacer una comprobación, sin embargo.

Pura rutina.

Como ya eran más de las nueve, llamó por teléfono a la sastrería del Strand donde, según la etiqueta, había sido confeccionado el traje del muerto, veinte años antes. La cosa no resultó difícil.

Las sastrerías inglesas de alta calidad cuidan el fichero de clientes como los cajeros el dinero de las arcas.

Y todo se confirmó.

También era inevitable.

—Claro que sí —le explicó la voz del dueño—, yo mismo atendía personalmente a la persona de quien usted me habla y que

desapareció misteriosamente hace unos veinte años. Por cierto, me dejó una factura por pagar, pero me la abonó un hermano suyo ya fallecido. Todo el resto de la familia sigue vistiéndose en mi casa, y espero que sea por muchos años.

Phil dio las gracias amablemente.

Y colgó.

Todo seguía cuadrando más que antes.

Incluso el hecho de que nadie hubiera querido relacionar la desaparición de la dueña de la casa con la desaparición de un huésped joven y atractivo. Seguro que la policía lo había pensado entonces, pero la conclusión era lógica: los dos se habrían fugado y estarían bañándose en Mallorca. Seguro que se les buscó en el extranjero sin amar escándalo y sin ensuciar sus nombres, pero sin ningún resultado. Nadie imaginó el horrible hecho de que estaban en su propia casa y convirtiéndose en sus momias.

Phil ya tenía en su poder todos los elementos para hacer una denuncia en regla a la policía.

Sólo le faltaba una pieza, un eslabón pequeño que quería encontrar para que el asesino no pudiera emplearlo con el fin de escabullirse. Había que demostrar *a priori* que el asesino sabía, o al menos sospechaba, que lord Seymour pudo encerrar allí al amante de su mujer.

En ese caso todo estaría perfecto, puesto que habría originado el deseo de venganza. Sin él, los crímenes quedaban aparentemente sin móvil.

Phil se proveyó de unas llaves falsas.

Maldito y sucio aprendizaje el suyo.

Maldito y sucio aprendizaje el de un fotógrafo profesional con largas épocas de *free lancer*[1], que le habían obligado a meterse en los sitios más insospechados con tal de obtener la imagen, la instantánea, el pequeño secreto que sus competidores no podían obtener.

Sabía cómo meterse de rondón en un piso y se decidió a hacerlo otra vez.

Sólo tuvo que buscar la dirección en la guía telefónica.

Sonrió suavemente.

Buen sitio.

Buena jaula.

La zona de Belgrave Square donde un apartamento puede llegar a costar la friolera de cuatrocientas libras al mes, muebles incluidos. Claro que uno ya puede hacer esos gastos habiendo cobrado la herencia del padre.

Se dirigió allí y encontró el apartamento vacío, como suponía. Su maestría con las llaves falsas le permitió entrar de la forma más natural del mundo. Por el orden en que estaba todo, comprendió que la mujer de la limpieza acababa de salir. Y él se dedicó a desordenar lo que estaba ordenado, a ponerlo todo patas arriba.

Buscaba una cosa muy concreta.

Y la encontró.

Se trataba de un viejo cuaderno de notas, una agenda que estaba en un secreter y que sin duda había pertenecido al hombre encontrado muerto en el sótano de Lupus Street. Allí existían unas anotaciones muy nerviosas y muy concretas, que iban desde las cotizaciones de Bolsa a las órdenes de compra y venta a los agentes, pasando por los gastos personales y las direcciones de pequeños apartamentos donde uno podía concertar citas galantes.

Phil devoraba todo aquello, ansiosamente.

El sudor bañaba sus facciones, a pesar de que hacía frío.

Las anotaciones que buscaba estaban allí. Eran sólo dos:

«Imposible vernos ya con Mónica, en habitaciones de alquiler. Somos demasiado conocidos. Por la misma razón no puedo traerla a casa. Sería un escándalo».

Y un poco más abajo:

«El sospecha. Como quiere ser un caballero, no dice nada pero le noto receloso y extraño. Ya no hay manera de que Mónica entre en mi habitación como antes. ¿E ir yo a la suya? Ja, ja, ja. Más difícil que plantarme en la luna. Últimamente nos hemos tenido que ver en el sótano. Sé que es grotesco, pero cuando dos personas se desean, no se fijan en el ambiente».

El joven soltó la agenda.

Ya sabía bastante.

Incluso las cosas habían sido más sencillas de lo que imaginó.

Lord Seymour no tuvo necesidad de amenazar con una pistola a su mujer y al amigo de ésta para meterlos en el sótano. Los debía haber descubierto allí. Su único trabajo consistió probablemente en girar una llave.

¿Pero eso qué importaba ya?

Lo esencial era que alguien conocía la historia. Y que tenía elementos de juicio para pensar en una horrible venganza de lord Seymour.

Venganza que no había existido, pero que ofrecía unas apariencias muy reales. Por tanto aquella persona había tratado de vengarse, a su vez, haciendo pagar a los descendientes de lord Seymour la acción de su padre.

La pobre Nancy había muerto por eso.

Y también estaba a punto de morir Mónica si él no se daba prisa.

Y a él mismo habían estado a punto de liquidarle por entremeterse demasiado en el asunto.

Lo único que no acababa de cuadrar en el rompecabezas, era la muerte del pintor Bouffer, pero la explicación podía ser ésta: sabía demasiado. Como ahora ya sabía demasiado también Phil Derby.

Éste comprendió que estaba en peligro de muerte.

Pero no le importaba.

Teniendo en su poder la agenda, había colocado ya las esposas en las muñecas del asesino.

Guardó el cuadernillo y salió. Atravesaba ya Green Park, para dirigirse a Scotland Yard, andando nerviosamente, cuando se encontró de narices a boca con él.

Con el asesino.

No era extraño que viniera en dirección opuesta, dado que debía dirigirse a su apartamento.

El asesino sonrió amablemente.

—Hola, señor Derby.

Le tendió la mano.

Un tipo fino, aquel asqueroso sepulturero.

Hijo de buena familia.

Cliente de la misma elegante sastrería del Strand donde se vestía su padre.

Funcionario del Gobierno.

Experto en arte.

Persona de prestigio. Dueño de una de esas caras que aparecen de vez en cuando en las revistas de la buena sociedad.

Phil le tendió la mano, también.

Pero de otra forma.

Pensó: «¡Al diablo la policía! ¡Al diablo la ley! ¡Al diablo los respetos sociales!».

Si denunciaba a aquel tipo sólo conseguiría que le clavaran treinta años de cárcel, cuando en realidad merecía la muerte. De modo que resolvió hacer justicia él mismo. De modo que decidió convertirse en juez y verdugo al mismo tiempo.

Por eso tendió la mano de otra forma.

Convertida en una catapulta.

En un puño de hierro.

El rostro de Richard Porter, el hombre que estaba en el recibidor cuando fue asesinado el pintor Bouffer, se tiñó de sangre. Porter cayó hacia atrás, mientras lanzaba un gemido. Sus ojos reflejaron el más absoluto pasmo, la más profunda sorpresa.

—¿Pe..., pero qué es esto? —balbució.

Phil le enseñó apenas el borde de la agenda.

—¡Tú habías leído esto, perro! —masculló—. ¡Tú sabías que tu padre tuvo una amante!

—Cla... Claro que lo había leído —balbució Porter, mientras se ponía difícilmente en pie—. Papá tuvo un lío mientras estaba separado de mamá, hace veinte años. Pero nunca he averiguado quién era ella. Papá jamás citó su nombre.

—¡Mientes!

Las facciones de Phil estaban desencajadas.

Pero también empezaban a estarlo las de Porter. Su cara reflejaba sorpresa, angustia, miedo.

—¿Por qué miento? —susurró.

—¡Tú sabes perfectamente lo que ocurrió! ¡Sabes que todo ocurrió en la vieja casa de lord Seymour! ¡Y has querido vengarte matando a esas pobres muchachas!

—¡Estás loco! ¡Has perdido la cabeza, Derby! ¡Vete al infierno! ¡En lugar de cerebro tienes una máquina fotográfica!

—¡Precisamente por eso pude averiguar la verdad! —masculló Phil—. ¡Gracias a una máquina fotográfica! ¡Tú, en cambio, tenías tus recuerdos y tenías esta agenda! ¡Por eso llegaste por otros

caminos, y antes que yo, a desentrañar esta sucia historia!

Porter ya se había puesto en pie, del todo.

Los ojos se le salían de las órbitas.

—¿Me estás acusando de asesino? —barbotó—. ¿A mí?

Phil disparó de nuevo su poderoso puño derecho.

Alcanzó de lleno a Porter, pero no le derribó esta vez, porque el otro estaba preparado e hizo un terrible esfuerzo para conservar la vertical. En lugar de caer, lo que hizo Porter fue sacar una navaja.

Igual que un chulo del Támesis.

El, todo un caballero...

El hecho de que la escena se desarrollara en un rincón solitario de Green Park hacía que los dos estuvieran un poco como en una isla desierta. Phil saltó hacia atrás mientras la navaja buscaba su garganta. Esquivó hábilmente y se dispuso a contraatacar, pero sabía que ahora estaba en inminente peligro de muerte. El asesino lucharía con todas sus fuerzas para liquidar al único hombre que podía significar su perdición. ¡Y Phil no llevaba armas...!

Volvió a esquivar.

Ahora el filo de la navaja casi rozó su piel.

Bruscamente se sintió perdido, pero no cejó. Él se encargaría de liquidar a aquel perro rabioso. Lo haría, aunque fuese la última cosa que hiciera en este mundo.

De pronto, aquella sombra saltó entre los dos.

—¡Quietos!

No era un policía. Era un joven fornido, alto, bien vestido, que con sus largos brazos había logrado frenar el impulso de los dos.

Ambos se detuvieron, porque ahora cualquier cosa que hiciesen tendría un testigo, y eso era malo. Porter jadeaba espasmódicamente, mientras que Phil estaba mucho más sereno. Pero aún escupió de nuevo la palabra:

—¡Asesino!

El que les había separado, barbotó:

—¿Cómo puede llamar asesino a Porter? ¿Es que no le conoce? ¿No sabe que es una verdadera autoridad en arte?

—¡Sí! ¡En el arte de matar!

—Oiga... Yo conozco al señor Porter. Usted quizá no me conoce a mí, pero yo sí a usted. Es el famoso fotógrafo Derby.

Lo de «famoso» no impresionó para nada al joven. Miró al

desconocido, tendría unos treinta y cinco años.

—¿Y usted quién es?

—Me llamo Lindsay. Compró objetos de arte, en especial pinturas, y por eso conozco al señor Porter.

—Pues vaya casualidad... Resulta que nos hemos reunido aquí un trío de artistas.

—Guarden otra actitud... —recomendó Lindsay—. Es absurdo lo que ocurre. ¿Qué trata de hacer, Derby?

—Quería partirle el esqueleto a ese tipo, pero en vista de que usted ha llegado, me contentaré con llevarlo a la policía.

—¿Por qué? No será por la muerte de Bouffer, ¿verdad?

—En parte, es por eso.

—Pobre Bouffer —dijo Lindsay—, yo le conocía bien. Le había ofrecido comprarle sus últimas obras... Es decir, no las últimas en su realización, sino las últimas que tenía por vender.

—¿La dama con los cinco gatitos negros y el retrato del primero que murió en América?

—Okey. Lo mismo que pretendía el señor Porter; lo que pasa es que él obraba en nombre del Gobierno y yo en nombre propio. Yo confieso que sólo quería hacer un negocio.

—¿Fue usted el que escribió a Bouffer citándole en la Galería Nacional?

—Sí, yo mismo. ¿Cómo lo sabe?

—El me lo contó. Pero me dijo que se trataba de una oferta oficial, como si usted también perteneciese a algún museo.

Lindsay rió suavemente.

—Debió confundirse —dijo—, o se trata de un juego de palabras. Mi oferta era oficial, pero eso no quiere decir que viniera del Gobierno. Quien obraba en nombre de éste era solo el señor Porter. Y si escribí al señor Bouffer y no me atreví a ir al sitio donde vivía, fue para que el señor Porter no se lo tomara a mal.

—Pero Bouffer ni siquiera contestó a su carta...

—No, no lo hizo. Era un viejo estafalario, dicho sea con todos los respetos ahora que ha muerto. Aún vivía en la época del glorioso Imperio Británico, de los virreyes de la India y del canal de Suez. Yo le hubiera dado el doble que ese cochambroso museo de Victoria y Alberto[2] para el cual trabaja el señor Porter, pero estoy seguro de que hubiese acabado vendiéndole a él. En fin, ahora el asunto ya no

tiene importancia, desgraciadamente. ¿Qué va a hacer, Derby? ¿A qué viene todo este lío de la policía?

—Muy sencillo —dijo el joven tranquilamente—. Quiero que Porter me acompañe a Scotland Yard.

—¿Para qué?

—Ése es asunto nuestro. Pero si quiere comparecer como testigo de la pelea, no tengo inconveniente, Lindsay.

El otro se encogió de hombros.

—Me temo que esto sea un lío —dijo—, pero les acompañaré por si alguno de ustedes necesita mi ayuda. No quiero que un ilustre competidor mío como es el señor Porter, tenga dificultades.

—Pues las va a tener. Y gordas.

Lindsay miró a Porter.

—¿Qué va usted a hacer? —le preguntó—. Nadie puede obligarle a ir a la fuerza. ¿Le acompaña a Scotland Yard o no?

Porter guardó la navaja, mientras susurraba educadamente:

—Claro que le acompaño. Y si me lo hubiese pedido de otra manera, hasta le hubiera pagado yo el taxi.

—De ningún modo —protestó Phil—. Ése es asunto mío.

—Ni hablar. Considérese mi invitado.

—Soy yo quien le obliga.

—Y yo quien acepta con mucho gusto.

Se dirigieron hacia la salida de Green Park por el lado de Piccadilly Street, pero para eso tuvieron que bordear un banco de los jardines y un árbol.

—Usted primero —dijo Porter.

—De ningún modo. Usted primero —dijo Phil.

—Se lo ruego.

—Se lo suplico.

Al fin pasó primero Porter, pero haciendo una leve reverencia.

Y es que, aunque los dos hubieran querido partirse la boca, se notaba que eran ingleses y que habían ido —más Porter que Phil— a colegios de pago. Así da gusto.

CAPÍTULO XVII

Depositada la agenda en Scotland Yard, realizada la declaración y detenido provisionalmente Porter, ya nada más quedaba por hacer. Lo demás eran trámites que acabarían o no —aunque la cosa parecía segura— con la condena de Porter.

De modo que ahora, Phil Derby, tenía que esperar. No quedaba otro remedio.

Decidió volver a la pensión Milton, donde descansaba Mónica. Ahora ella le necesitaba.

Cuando regresó la policía ya se había llevado en secreto los cadáveres sin alertar al vecindario ni a la Prensa. ¿Pero cuánto duraría la paz? Resultaba milagroso que ninguno de los reporteros que por allí husmeaban la noticia se hubiera dado cuenta de la maniobra, realizada con una pequeña furgoneta de mudanzas. Era absolutamente seguro, sin embargo, que los periodistas que tenían enlaces en los depósitos de cadáveres —y soltaban por ello algún billetito a cuenta de sus periódicos— recibirían el chivatazo en cuanto aparecieran por allí las dos momias. De eso a que los sabuesos de Fleet Street siguieran la pista, había un solo paso. De modo que hacia el mediodía, aquello se habría convertido en un infierno.

Pero no ocurrió nada.

Era milagroso. Era como para pasmarse.

¿Es que todos los periodistas de Londres, de repente, se habían vuelto idiotas?

Phil ignoraba aún que el superintendente Morrison era zorro viejo y que sabía una cosa: si los diarios se le echaban encima, no podría trabajar. Necesitaba un pequeño plazo, necesitaba un respiro para conseguir algo y presentarse ante la Prensa. Las democracias tienen eso: uno está siempre en el escaparate y necesita ponerse guapo para que no le tiren piedras.

Morrison esperaba obtener resultados en plazo breve. Quizá una espectacular confesión del mismo Porter.

Mientras tanto no soltaría prenda.

Y por eso el muy cabrito tenía la furgoneta con las dos momias aparcada, en un estacionamiento prohibido y con una multa así de gorda en el parabrisas. No importaba. Llevaría los dos fiambres a la Morgue por la noche, cuando sólo estuvieran sus hombres de confianza. Si los periodistas esperaban un soplo esta vez, más valía que se buscaran otro trabajo.

Por lo tanto nada ocurría en la vieja pensión Milton, el lugar donde sólo podían alojarse unos cuantos privilegiados, demasiado importantes para confundirse con las masas humanas de los hoteles.

—Mónica sigue durmiendo —le informó la señora Milton al llegar él—. Los sedantes que le han administrado son tan fuertes, que no se da cuenta de nada. Mejor, porque el traslado de los cadáveres ha sido un espectáculo horrible. El médico ha venido y ha dicho que descansará hasta la noche.

—No la molestará —susurró Phil, como si pudiera despertar a alguien—. Sólo quería saber si necesita algo.

—Nada... Lo mejor es que descanse.

El joven comprendió que tenía razón.

Fue a la biblioteca y encendió un cigarrillo. Al hacerlo se dio cuenta de que una de las norteamericanas millonarias, estaba allí. Era una mujer aún de buen ver, pero bastante pachucha, en cuyos ojos brillaba una mirada ansiosa.

Phil fue a salir discretamente.

La millonaria susurró:

—Por favor, no lo haga.

Phil ya había notado, cuando la conoció, que aquella mujer, en el ocaso de su vida sentimental y estando forrada de billetes, sólo pedía a la existencia una cosa: aventuras. Aventuras con hombres jóvenes y que le hicieran resucitar las pasiones dormidas.

Y Phil Derby era un hombre joven. Y fuerte. Y guapo. Y a su manera famoso.

Ella insistió:

—Quédese aquí. No me molesta.

El que se sentía molesto era Phil, a causa de la mirada insistente, escrutadora de la mujer, que parecía palpar sus músculos con los

ojos, igual que un hombre hubiera palpado con la mirada las curvas de una mujer. Pero se aguantó por educación y porque, al fin y al cabo, logró hundirse muy pronto en sus pensamientos, olvidando todo lo demás.

A su manera, estaba más tranquilo.

A su manera, estaba incluso satisfecho, dentro de lo que cabía.

Antes que la policía había descubierto al sucio asesino de Nancy y del profesor Bouffer. Había entregado a Scotland Yard al tipo que, si no cometió los asesinatos materialmente, pagó a otros para que los cometieran. Los verdugos a sueldo pronto caerían y el caso quedaría cerrado.

Claro que esos casos, esas heridas, no se cierran nunca del todo.

Pero al menos se cumpliría la ley.

Phil fumaba lentamente, hundido en sus pensamientos.

Era extraño como había llegado al final del camino.

Primero había pensado que la madre de Mónica, la vieja *lady* Seymour, vivía y era una loca capaz de matar, al cabo de los años, a sus propias hijas. Luego los hechos le desconcertaron de tal modo que no supo por dónde navegar. Y ahora, al fin, gracias a una fotografía y a un foco mal colocado, gracias a su intuición también, había descubierto el misterio.

Todo estaba arreglado.

Menos mal.

La voz de la millonaria interrumpió sus pensamientos.

—¿No me conoce? —susurró—. Me llamo Bárbara Bentley.

—Claro que la conozco, señora. Tiene usted pozos de petróleo en Texas.

—Ejem...

—¿Qué quiere decir «ejem»?

—Sólo eso: «ejem».

—Pues vaya...

—Lo que trato de indicarle es que los pozos de petróleo son un río de oro. Gasto a manos llenas y resulta que, en contra de mi voluntad, cada día soy más rica.

—Eso tiene fácil arreglo, señora. Hay gente que, en contra de su voluntad, cada día es más pobre.

—Hum... Si repartiera, no llegaría para nadie.

—Inténtelo con algunos.

Ella rió.

Tenía una risita un poco gastada, de mujer experta. Mujer que conoce los mejores restaurantes, los mejores masajistas, las mejores camas, los mejores chulos de las grandes ciudades, y que, sin embargo, siempre está buscando algo nuevo, algo distinto.

Atacó directamente. A su modo, era como un hombre que busca una aventura galante.

—Lo intentaré con usted —dijo—. ¿Necesita dinero?

—¿Yo...?

—Puede hacerle pequeños favores si usted me los hace a mí. Total, nada. Verá... El mundo moderno ya no da importancia a esas cosas. Pero yo soy una desgraciada, como son desgraciadas mis dos amigas. Las tres estamos cansadas de lo fácil.

—Y yo —dijo Phil, disponiéndose a levantarse—, estoy cansado de lo difícil.

—Por favor, no se vaya.

El siguió mostrándose como un chico educado. Tuvo paciencia.

—Señora —dijo—, ¿por qué no hablamos de otra cosa? Por ejemplo de esos cuadros. ¿No encuentra que un trágico Ribera junto a un ingenuo *dounier* Rousseau es algo que se da de bofetadas? ¿No pondría usted el Ribera en el otro lado de la sala, junto a un Solana? No es que los estilos se parezcan, pero al menos no chocan tanto.

Uniendo la palabra a los hechos, se levantó y cambió los cuadros de sitio. El efecto resultaba algo mejor. Mientras se volvía a sentar, murmuró:

—Desde luego, el que montó esta sala no tuvo demasiado buen gusto.

—¿Y por qué no? —preguntó la americana—. Un Solana, un Rousseau, un Ribera, un Modigliani, un Matisse, un Picasso, un Dalí, un Buffet, un Renoir, un Manet, un Utrillo... ¿Qué más quiere? ¡Hay para chuparse los dedos! ¡Todo esto vale una porrada de dólares!

—¿Es eso todo lo que se le ocurre, señora?

—¿Y qué otra cosa se me va a ocurrir?

—Por ejemplo, en efecto estético. Podían haber distribuido mejor los cuadros en la casa.

—¿Y qué? ¿El dinero está igual, no?

—El día que, en la Galería Nacional, pongan un cuadro de Miró al lado de otro de Rubens, la gente va y quema el edificio.

—Je, je... Bueno, y que mientras tanto echen los cuadros por la ventana. Yo los recogeré. Pero a lo que iba... Una encuentra muchos tipos interesantes en Londres, ¿sabe? Tipos apuestos, atléticos, que se dan masaje, que se retratan para las revistas... Paquetes de músculos bien puestos y que a una le hacen tilín, tilín, tilín. No me avergüenza decirle que por mi habitación han pasado más paquetes de esos músculos que por un gimnasio. Pero, al final, una se cansa. Esos tipos no tienen conversación, no tienen *sprit*; no tienen nada.

—Tienen lo que usted busca, señora. No me diga que busca el *sprit*, cuerno.

Ella rió y siguió atacando directamente. Nada de embestidas por el flanco. De frente y... ¡a la carga!

—Usted es distinto —dijo—. Usted sabe dar a una mujer un poco de conversación entre trago y trago de excesos sentimentales. Mis amigas y yo le cubriríamos de oro.

Ahora el que rió fue Phil.

De buena gana.

—He trabajado en cosas muy raras en mi vida, pero no de lo que usted me propone y encima, dando conversación a tres virtuosas damas —dijo—. Deje que lo piense y quizá dentro de diez años le envíe por correo mi respuesta. Mientras tanto dese una ducha, señora. Abur.

Y salió dejando a la otra con un palmo de narices.

Pero no llegó lejos.

En la penumbra del pasillo, una mano se posó de repente en su espalda. Phil Derby sintió un escalofrío.

CAPÍTULO XVIII

¡Crac! ¡Crac! ¡Crac! ¡Crac!

Cada vez que el rollo situado en el interior de la máquina se corría hacia una nueva imagen, sonaba aquel leve chasquido. La máquina era una magnífica «Leicaflex» y estaba dotada de un gran angular. Las imágenes que captaba permitían distinguir el edificio un poco distorsionado, pero en sus menores detalles y, sobre todo, con lo que más importaba: aparecía entero.

—Bien. Ya está. Ahora el revelado.

El vehículo se puso en marcha. Las fotos habían sido obtenidas desde el interior de un coche y con un ángulo difícil, para que nadie lo advirtiera desde la casa. Por ello había hecho falta el gran angular. El conductor dejó la máquina sobre el asiento y miró al hombre de facciones brutales, difíciles, que le acompañaba.

—¿Te has fijado bien en el edificio, Peter?

—Sí, pero será mejor que usted me dé instrucciones sobre las mismas fotos. Y que me marque una ruta para entrar. Digo yo, vamos.

—Claro que sí, Peter. Por esa razón me he molestado en tomar las vistas y he corrido el riesgo.

Enfilaron a buena velocidad por Grosvenor Road, hasta llegar al edificio del Parlamento, en Westminster. Siguieron un poco más, ya metidos en el denso tráfico, doblaron luego a la izquierda por Victoria Street y se detuvieron en un elegante edificio de Buckingham Palace Road, otro de los sitios baratos de Londres.

Peter preguntó:

—¿Es aquí?

—Sí.

—Buena jaula...

—Tú te olvidarás de que has estado aquí, Peter. Mejor dicho, no salgas del coche, mientras yo revelo las fotografías. Tu silencio

entra en el trato.

—Sabe que soy una persona formal —dijo riendo Peter—. De lo contrario no encontraría trabajo. Y tengo tanto que me sobra...

La persona que conducía saltó del automóvil. Nadie pudo darse cuenta de si había venido o no acompañada hasta allí. Penetró en el edificio con paso indolente.

Cuando volvió a salir, casi una hora después, llevaba las placas ya reveladas y ampliadas. Había hecho un buen trabajo. Cada una de las placas mostraba un lado distinto de la casa.

—¿Lo ves, Peter?

—Sí, claro que sí. Señálame una ruta.

—Lo haré cuando estemos en Regents Park. Allí nadie nos molestará. Todo esto es muy importante, ¿sabes, Peter, querido amigo? Debes tener bien atento el cerebro para no equivocarte, para no cometer un error. No todos los días se asesina a cuchilladas a una verdadera princesa...

CAPÍTULO XIX

—A los efectos económicos —dijo el director del Banco con acento untuoso—, la señorita Mónica Seymour es una verdadera princesa. Sus padres no sólo le dejaron una bonita cantidad de dinero, sino además excelentemente invertido. No se ha visto afectado por la inflación, debido a sus rendimientos.

—Ah, ya —dijo el superintendente Morrison.

—Si tenemos en cuenta —prosiguió el director del Banco— las curvas deflacionarias combinadas con las coordenadas de Keynes, y el bajo índice de liquidez que representan las reservas inamovibles, además de los coeficientes de la renta fija, unidas a la apertura experimentada por los valores de renta variable en el último semestre, obtendremos una línea tangencial de crecimiento que...

—Oh, está muy claro, muy claro... —dijo el superintendente Morrison, apresurándose a cortar la perorata.

—Se lo aclararé más aún: tomando como base cien la coyuntura de 1950, en libras de 1939 a las que atribuiremos un valor constante, resulta que el índice de deflación de las mismas presenta una curiosa línea de estabilidad que nos lleva a suponer que las inversiones realizadas en ampliación de capital durante la década 40-50

han contribuido a...

—Bueno —dijo el superintendente Morrison—. Todo esto está clarísimo... ¡Lo entendería un niño! Total, que Mónica Seymour está forrada, ¿no?

—Digamos —sentenció el director del Banco— que su coyuntura económica es favorable y con altos síntomas de estabilidad.

—Ejem... ¿Y cuánto dinero tiene?

El director del Banco carraspeó.

—Lamento no poder decírselo, señor Morrison, aunque usted venga en nombre de Scotland Yard y aunque hayan ocurrido esos...

bueno, esos absurdos crímenes. Ya sabe que la banca privada no comunica, salvo en casos especialísimos, los saldos de sus clientes. Distinto sería si usted fuera también un cliente de nuestro Banco, lo cual me permitiría tal vez darle algún dato confidencial. ¿Por qué no abre una cuenta corriente?

A Morrison le interesaba saber con exactitud a cuánto ascendía la fortuna de los Seymour, porque estaba seguro de que detrás de todo aquello tenía que haber un cochino asunto de dinero. Por lo menos el dinero era algo que no podía desdeñar. De modo que susurró:

—Hágase cargo de que los sueldos en Scotland Yard no son demasiado elevados, señor director. ¿Qué cantidad necesitaría para abrir la cuenta?

—Hombre... Poca cosa. Pongamos dos mil libras, tres mil...

Morrison dijo tímidamente:

—¿Servirían diez libras y cinco chelines?

—Se nota que la curva coyuntural de sus negocios acusa una deflación con tendencia estacionaria que no aconseja inversiones inmediatas, y que el factor liquidez, unido a la baja rentabilidad de sus valores mobiliarios, teniendo en cuenta la incidencia de los impuestos y la baja producción de las rentas de trabajo, unida al índice de transitoriedad de las mismas, da una idea de tendencia a la baja que...

—Total, que no bastan las diez libras y cinco chelines —dijo el superintendente Morrison, sintiendo que su cuerpo disminuía de tamaño.

—Bastan y no bastan. Si consideramos las contingencias de la liquidez bancaria, unida a la fluidez de las cuentas acreedoras y la perspectiva comercial de los saldos a la vista, resulta que...

Morrison decidió dos cosas inmediatamente.

Una: largarse.

Dos: tomarse una aspirina en el primer bar.

¡Ah! Y ahora que sabía que Mónica tenía mucho dinero, decidió una tercera cosa: invertir con tendencia a la baja, teniendo en cuenta la coyuntura de los licores y el índice de estabilidad de los mismos, unida a la euforia que proporcionan, sus diez libras y cinco chelines en un par de botellas de *whisky* de las que le hacen gritar a uno «hip, hip, hip». Eso sería lo mejor, y que se fueran al diablo las

coordenadas de Keynes.

Claro que teniendo en cuenta la curva deflacionaria de las inversiones con consumo inmediato y la baja rentabilidad del *whisky* una vez uno lo ha engullido, resultaba que...

Total, que antes de salir, el superintendente Morrison se pegó un sensacional tortazo contra la puerta.

Phil había sentido aquella mano en la espalda. Tuvo una brusca sensación de frío, una insólita sensación de que algo extraño e importante iba a ocurrir.

Se volvió de pronto y balbució:

—¡Marco!

Su compañero fotógrafo se lanzó a fondo para abrazarle.

—¡Oh, *my darling*! Te he buscado por todo Londres, mal amigo. Eres un perverso, un perverso y un perverso. ¡Hacerme sufrir de esa manera! ¿Pero quieres que perdamos el contrato de Siberia? ¿Quieres que perdamos la mejor aventura de nuestra vida?

—Ya estoy de aventuras hasta las narices, Marco.

—¡Ay, pero qué lenguaje! ¡Di que estás hasta las nariciitas, que es más finoooo...!

—¿A qué has venido, Marco?

—A preguntarte si nos vamos o no. ¿Te parece poco?

—No nos vamos hasta que esto esté resuelto, Marco. Y dudo mucho que vuelva a viajar contigo, si no cambias.

—Claro que tengo que cambiar. El otro día me dijeron que estaba cada vez más hombre, y eso no puede ser.

—Marco, lástima que seas un buen compañero y un buen muchacho en el fondo. Digo que es una lástima porque me gustaría partirte la cara.

—¡Oh, pero qué bruuuuto! ¡En este plan no te dejan entrar en Sibeeeria!

—Ni ganas.

—Te lo digo en serio, Phil... ¡Estamos perdiendo una de las mejores oportunidades de nuestra vida!

—Ya habrá otras. Y ahora déjame, Marco. Quédate por aquí, si quieres, contemplando los cuadros, pero déjame. Tengo que pensar en cosas más importantes que un reportero fotográfico sobre la actual Siberia.

Las facciones de Marco se oscurecieron.

Dio la sensación de que sentía de verdad todo lo que le pasaba a su compañero.

—Me quedaré aquí —dijo—. Puedes necesitarme.

—Como tú quieras. Puedes quedarte en la biblioteca, que es un buen sitio.

Marco entró en ella.

La millonaria americana seguía allí, y la millonaria americana aún tenía los ojos turbios.

Los clavó fijamente en Marco.

—Es usted un joven muy distinguido —dijo.

Marco tuvo un sobresalto.

—Mire, señora, a mi déjeme en paz. Yo estudio filosofías orientales y practico el yoga.

La millonaria se levantó, acercándose a él.

—¿Filosofías orientales? Me encantan. Podemos estudiarlas juntos.

—¿Y el yoga? ¿Qué me dice usted del yoga?

—También lo practicaremos juntos.

—Señora, que llamo a los bomberos.

La millonaria ya estaba junto a él.

—No cometerá usted esa vulgaridad, joven. Una persona como usted, que se nota que ha estudiado en Oxford...

—En una escuela pública gratuita, señora.

—Bueno, es igual.

—Señora, que llamo a Scotland Yard.

—No sirve. Yo soy súbdita norteamericana.

—Pues llamo al FBI.

—Llegarán demasiado tarde.

—¡Señora, no se acerque más porque acabo de dar con la solución! ¡Ya está! ¡Llamaré a la ONU!

—Cuando convoquen el Consejo de Seguridad, tú y yo ya nos habremos hecho viejos en una villa de Miami.

Marco trató de dar un salto hacia atrás, pero la millonaria se las sabía todas y cerró la puerta de golpe.

—¡Quieto ahí! ¡No creas que te vas a escapar, macho!

—¡Oiga, sin faltar, señora!

La millonaria no le escuchó. Se lanzó de lleno a la carga.

Y cuando ya había hecho una llave a Marco, de tal modo que éste no podía moverse, gritó con aire de triunfo:

—¡Cuando lo sepan mis amigas...!

Marco gimio:

—Cuando lo sepan mis amigos...

Al caer la noche la casa estaba seriamente vigilada por los hombres de Scotland Yard. En teoría no podía entrar allí nadie sin ser controlado, aunque la vigilancia se hacía de una forma discreta, especialmente para no llamar la atención de la Prensa. La mayor parte de los policías encargados del control fingían ser obreros reparando una avería, empleados de un aparcamiento abierto toda la noche y dependientes de una farmacia que tampoco cerraría hasta la madrugada. En realidad, ninguno de los cuatro puntos cardinales del edificio escapaba a la vigilancia de Scotland Yard.

Pero no se contaba con algo.

Un asesino profesional que conoce bien su oficio y que está dispuesto a llegar hasta el fin, emplea recursos que muchas veces la policía no tiene en cuenta.

Y los hombres del Yard no contaron con la red del alcantarillado, una de cuyas bocas tenía precisamente su tapa metálica en el patio central del edificio. Correspondía a un antiguo pozo negro que muchos años antes ya había sido empalmado a la red general.

Peter inició su trayecto subterráneo en Dolphin Square, junto al río, donde no había ninguna vigilancia, y llegó fácilmente a Lupus Street. Penetrar en la casa por el antiguo pozo negro, que ahora ya no se usaba, fue un juego de niños.

Iba armado de un largo estilete que sería tan eficaz como una pistola. Necesitaba usar arma blanca porque no podía permitirse el lujo de causar el menor ruido, ya que luego tenía que huir por el mismo sitio.

Cerró con cuidado la tapa, pero dejándola de modo que más tarde pudiera abrirla fácilmente, y se deslizó como una sombra hacia el interior de la casa.

Todo estaba en silencio.

La vigilancia de la policía era puramente externa, y en cierto modo incluso rutinaria, puesto que ahora estaba detenido Porter, el principal sospechoso.

Peter se pegó a la pared.

Respiraba quietamente, como un animal al acecho.

Pero no estaba nervioso.

Había realizado otras veces «trabajos» como aquél, y en circunstancias más difíciles. Matar a una chica desprevenida no iba a ser, después de todo, una tarea como para ponerse a temblar.

Pasó por delante de una puerta. Silencio.

Otra puerta que daba a las dependencias de servicio.

Silencio y tinieblas.

De pronto se detuvo.

Todos sus nervios se pusieron en tensión.

Voces, voces muy cercanas que brotaban de una de las puertas semicerradas. Vio que por la rendija se filtraba un rayo de luz y lanzó una maldición en voz baja. La persona que le contrató le había dicho que a aquella hora todo el mundo dormiría en la residencia de Lupus Street, y que lo único que debería preocuparle era la vigilancia externa.

Pero había que contar con lo imprevisto.

Ya se sabe que un trabajo nunca sale como uno lo proyectó. «Debería estar acostumbrado —pensó Peter, tranquilizándose—. Al fin y al cabo soy un veterano...»

Se acercó sinuosamente a la rendija de la puerta.

Era como una sombra que se desliza un poco, era como un punto negro más en las tinieblas.

A través del pequeño hueco vio a dos hombres que hablaban. Peter sonrió al darse cuenta de que ninguno de ellos le prestaría atención.

—La oferta no debe hacérmela a mí —decía Phil a Lindsay—, y menos a estas horas. Era Bouffer el que debía decidir, y Bouffer no tiene herederos, que yo sepa. Legalmente nadie puede vender sus cuadros ahora.

El comprador de obras de arte, el que había intervenido cuando Porter y Phil se peleaban en Green Park, susurró:

—Pero es que esos cuadros no están en catálogo... Nadie va a tramitar nada sobre ellos. La propia Mónica podría vendérmelos, y yo ya me ocuparía de lo demás.

—Sería un acto ilegal, Lindsay.

—Sólo según como se mire. ¿Qué quiere? ¿Que al final se los

quede el Estado por un precio irrisorio? Confieso que yo busco un importante beneficio, pero Mónica podría obtenerlo también.

—Ella no necesita el dinero.

—¡Por favor...! ¿Quién es el que no necesita el dinero? —dijo Lindsay llevándose ambas manos a la cabeza—. Nunca hay bastante. Por lo demás, lo único que le pido es que lo piense. Yo le pago los cuadros como se los hubiera pagado al pobre Bouffer, ella me los entrega y en paz. Nadie le reclamará nada, porque como le digo no figuran en catálogo. Dentro de un par de años ya me encargaré yo mismo de incluirlos, cuando los revenda[3].

Phil Derby se encogió de hombros.

—Está bien, se lo diré, por pura educación hacia usted —prometi—, pero dudo que la señorita Seymour tenga tiempo para pensar en esas cosas. Otras preocupaciones la agobian. Además, uno de los cuadros, el de *lady* Seymour con los gatitos negros, sabemos dónde encontrarlo, pero el otro, el del primo que murió en los Estados Unidos, no sabemos dónde para.

—Tiene que estar en esta casa. Bouffer nunca se desprendió de él.

—De acuerdo, podríamos buscarlo. Pero sería mejor hablar de eso mañana, ¿no le parece?

Los dos hombres siguieron conversando mientras Phil preparaba un par de vasos de *whisky*. Peter se despegó de la puerta y rió silenciosamente.

Estaba bien. No habría peligro por allí. Siguió avanzando, recordando punto por punto el plano que, de la casa, le habían trazado.

Recorrió un largo pasillo.

Y de pronto oyó otras voces.

Unas voces lentas, suaves.

Parecían proceder del fondo de la casa, pero en realidad sonaban casi junto a Peter. Éste se dio cuenta, al empujar levisísimamente una de las puertas y mirar hacia el fondo. Distinguió una habitación elegante, pero ya algo anticuada, en uno de cuyos divanes descansaba un hombre ya viejo, que conservaba sin embargo, una dignidad y una apostura típicamente militares. Parecía un militar de la vieja época, y en realidad lo era. Peter recordó con detalle la descripción que la persona que le contrató le

había hecho de los huéspedes que habitaban en la casa.

Aquel hombre tenía que ser el coronel Foster.

Junto a él una muchacha preciosa, de curvas armoniosas (¡cómo se parecían aquellas curvas a las de la propia Mónica!), le estaba preparando una taza de té. La muchacha se movía lentamente, suavemente. Su dulzura tenía algo de especial, casi mágico.

—Dios me libre de contrariarte en nada, papá —decía la muchacha en aquel momento—. Dios me libre de darte un solo disgusto en mi vida.

Peter apretó los labios.

Buena hija.

Así daba gusto, qué diablos.

Claro que a él todas esas cosas de la familia le tenían sin cuidado. Al diablo.

Lo que Peter ignoraba en este momento (y no hubiera podido ni soñarlo jamás) era la importancia decisiva, la importancia mortal que tenía aquella sencilla e incluso conmovedora frase: «Dios me libre de darte un solo disgusto en mi vida».

Avanzó, gruñendo algo grueso para sus adentros.

Demasiada gente levantada en aquella casa.

No era eso lo convenido.

Claro que algo que había visto con anterioridad le indicaba que todo seguía marchando bien. Pero sus nervios empezaban a estar a flor de piel y deseaba ya acabar cuanto antes.

Peter atravesó una puerta.

Seguía recordando perfectamente el plano de la casa.

De pronto, tuvo que dar un salto hacia atrás, mientras se pegaba a la pared. Le faltaba tropezarse con lo peor. Esta vez la imprecación estuvo a punto de salirle en voz alta.

Un hombre salía disparado de una de las habitaciones.

Tenía un aspecto raro.

Era guapo, sin duda.

Elegante.

Pero raro.

Peter lo catalogó en seguida.

Hizo: «Uuuuuuuuu».

Marco trató de huir mientras gemía:

—¡No hay derecho! ¡Lo que ha hecho conmigo no está bien! ¡La

denunciaré a la policía! ¡La denunciaré a la Sociedad Protectora de Animales! ¡La denunciaré a la OTAN!

Y se escabulló por el pasillo.

Inútil.

Peter casi sintió lástima del pobre hombre, empleando la palabra «hombre» con las debidas reservas.

Otra puerta se había abierto.

Otra de las millonarias americanas —Peter la reconoció en seguida por la descripción— se había lanzado a la carga.

Hizo una llave al pobre Marco.

—Ésta es la mía —gruñó—. He esperado durante horas. Ven aquí, pichón.

—¡No me llame pichón! ¡No me insulte!

—Ven aquí, paloma.

—Eso ya es distinto.

Pero Marco ya no pudo decir más.

La millonaria lo arrastró hacia el fondo de la habitación, haciendo más y más fuerte su presa.

Al cabo de unos instantes se oyó a Marco gemir:

—¡Tantos años portándome bien para al final llegar a eeeestooooo...!

Las sombras.

Las sombras lo llenaban todo ahora. Las sombras eran macizas, espesas, densas. Ése era el terreno en que le gustaba moverse a Peter, el terreno en el que había aprendido a matar.

Se deslizó hasta la puerta.

La habitación de Mónica.

Sí, tenía que serlo.

Abrió la puerta.

O, mejor dicho, fue a abrirla.

De pronto, se estremeció.

¿Qué era aquello? ¿Qué se movía entre la oscuridad? ¿Qué era lo que se estaba acercando a él?

Peter intentó contener la respiración para no hacer ruido ni con eso, pero no pudo. De su garganta escapaba un resuello espeso, casi angustiioso. Era una respiración silbante la suya. Y también era silbante la de la persona que se acercaba.

¿Persona?

¿Qué ser humano podía hacer aquello? ¿Qué ser humano se movería entre las sombras con tal seguridad?

¡No podía ver! ¡Era imposible!

¡Peter, que tenía una excelente vista, no veía nada!

¡Y sin embargo, aquello venía directamente hacia él!

¡Ni que tuviese radar!

Peter intentó sacar el estilete.

Tenía que defenderse, tenía que hacer algo, tenía que...

No le quedó tiempo.

De pronto su sangre brotó como un chorro espeso y asfixiante. De pronto sintió aquel dolor profundo, lacerante, en el cuello. De pronto distinguió el brillo del acero y vio a la persona que le estaba matando.

Y entonces... ¡lo comprendió!

¡Dios santo! ¡Bastaba verla!

¿Cómo los demás no se habían dado cuenta?

¿Cómo no lo habían adivinado?

¿Tan superficial es la mirada de la gente? ¿Tan poca atención ponemos en los detalles de la conducta de los demás, cuando estamos seguros de que son una cosa, cuando en realidad pueden ser otra?

Peter emitió apenas un ronco chillido.

Le sabía mal reventar ahora porque se truncaba una brillante «carrera». ¡Ahora que empezaba a triunfar en la «profesión»! Pero también le sabía mal porque nunca podría contar a los otros lo sencillo que era todo. Lo sencillo que hubiera sido decirles, simplemente: «¡Burros! ¡Fíjense!».

Pero Peter ya nunca diría nada.

Al menos en este mundo.

En el otro sí.

En el otro... ¡tendría tantas cosas que decir, intentando disculparse...!

La faena iba a ser suya.

CAPÍTULO XX

De todos los que estaban en la casa en aquel momento, quizá el único que no se enteró de la nueva muerte fue Marco. La millonaria que ahora le tenía atrapado sí que se enteró a causa del tumulto, pero eso le tuvo sin cuidado. Ella iba a lo suyo. Marco captó algo e intentó librarse diciendo que se había declarado la Tercera Guerra Mundial y que él iba a alistarse en seguida como masajista de comandos. Pero su entusiasmo patriótico no le sirvió de nada.

La millonaria prometió:

—Te regalaré una pulsera, pichón.

—Yo lo único que pido es un reconstituyente...

Los demás se habían enterado en seguida de que algo grave acababa de suceder. Todos saltaron como una sola persona hacia el lugar donde acababa de sonar el grito. Las luces fueron encendidas y la casa se llenó bruscamente de destellos.

Phil Derby fue el primero en llegar.

Susurró:

—Dios santo...

Lindsay, que acababa de llegar con él, se llevó las manos a la boca. Su gesto de terror fue casi femenino. En cuanto a Mónica, que también acababa de aparecer, necesitó apoyarse en una de las puertas.

Casi inmediatamente llegaron todos los demás.

El coronel, todavía correctamente vestido.

El exdiplomático, en bata y con un libro que debía ser de gran actualidad. Un reportaje al día, vamos. Se titulaba ¡Historia de las relaciones chino-japonesas durante la dinastía Ming!

La señora Milton.

Los criados.

Ellen Foster, que había cerrado los ojos y que parecía a punto de sufrir un desmayo.

También iba completamente vestida. Phil se fijó al principio sólo en sus curvas y susurró:

—Mónica...

De pronto tuvo un sobresalto.

¡Qué idiota era! ¿Cómo podía haberlas confundido mirando solo su cuerpo?

Giró la cabeza.

—Mónica, perdona —dijo a su prometida—, pero más vale que no permanezcas aquí.

Ella también cerró los ojos, como había hecho Ellen.

—Debiéramos... —dijo—. Debiéramos avisar en seguida a la policía.

—Espera un momento —susurró Phil—. Todo esto es tan extraño, tan irreal, que... ¡deberíamos reflexionar! ¿Quién puede ser este tipo?

—Creo que vi su fotografía en los periódicos una vez —murmuró tenuemente Lindsay—. Quizá la memoria me engañe, pero yo diría que es un asesino profesional que ya estuvo detenido en Dartmoor.

El coronel masculló:

—¿A qué esperamos, discutiendo? ¡Se ha cometido un crimen y el asesino aún debe estar aquí! ¡Sin duda tratará de escabullirse del cerco! ¿Qué hay que hacer en un caso así? Enviar patrullas de exploración, localizarlo y atacar de flanco... ¿A qué esperan?

—Esperamos a que llegue la artillería —dijo burlonamente el diplomático.

—¡Usted cállese!

—También tengo derecho a expresar mi pensamiento —dijo el diplomático—. Yo creo que deberíamos buscar al asesino y que firmara un tratado de no agresión.

—¡Qué tratados ni qué mandangas! ¡El imperio no se hizo con papeles! ¡Hay que concentrar las fuerzas y atacar! ¡A la carga! ¡A la carga!

Phil impuso silencio antes de que aquello degenerase en una nueva guerra de los boers.

Murmuró:

—Creo que deberían encerrarse todos en una habitación amplia, por ejemplo el comedor. Y no tocar nada. Mientras tanto, yo avisaré a la policía.

—Es fácil —dijo la señora Milton—. No hay más que abrir la puerta y se caerá dentro el agente que está apoyado en ella.

—Por favor, háganme caso —musitó Phil—. ¡Necesitamos reflexionar! ¡Esto es tan absurdo que no tiene sentido! ¡Sobre todo cuando está detenido Porter, el verdadero culpable!

—¿Cómo sabe que es el verdadero culpable? —masculló el coronel.

—Puede que haya algo más, aparte de lo que yo he pensado. Pero no podemos obrar alegremente ahora. Hay que pensar algo antes de que la policía nos meta en un conflicto.

Todos asintieron, en especial porque estaban completamente aturdidos y era cierto que necesitaban reflexionar. Fueron a sus habitaciones. Todos menos..., menos Ellen Foster. Phil se dio cuenta a tiempo, tomándola en sus brazos, de que se estaba desmayando.

La chica había caído a plomo.

Sus curvas macizas y potentes descansaban entre los brazos de Phil Derby.

Y en cierto modo era lógico.

No se puede pedir a una muchacha tímida y que jamás sale a la calle que resista los impactos morales que se tenían que aguantar en aquella casa.

El joven la transportó en silencio a la biblioteca, porque le pareció poco correcto dejarla en su cama. Si despertaba mientras tanto, podía interpretarlo mal. Tampoco quiso asustar al coronel, que había desaparecido ya.

Una vez en la biblioteca, la depositó en un diván.

La cabeza le daba vueltas.

Era increíble.

¡Ahora que creía tenerlo solucionado todo! ¡Ahora que, según su opinión, el culpable ya estaba encerrado en Scotland Yard!

Preparó un poco de licor y se inclinó sobre la inanimada Ellen.

—Por favor, bebe. Te sentará bien.

Ella no contestó. Phil hizo que las gotas de licor resbalaran poco a poco por su garganta, y entonces la muchacha empezó a toser. Le levantó un poco la cabeza.

—Vamos, vamos... Ya ha pasado todo. Cálmate, Ellen.

Ella aún seguía con los ojos cerrados y se le notaba aturdida. Palpó el diván.

—¿Por qué me has traído a la biblioteca?

—Me parecía incorrecto meterte en la cama, por si despertabas mientras tanto. ¿Te encuentras mejor?

—Sí... Bastante mejor.

—¿Crees que podrás andar?

—Claro.

Ella se puso en pie.

Sus hermosas y rotundas formas se recortaban sobre la pared del fondo de la biblioteca.

—Gracias por todo, Phil.

—No te preocupes.

—¿Has llamado a la policía?

—Aún no.

—Voy a ir con mi padre... Eres mejor muchacho de lo que pensaba, Phil. Perdona que haya dado este espectáculo.

—¿Y qué culpa tienes? No hay que pedir perdón por nada.

La muchacha intentó sonreír. Se notaba que hacía todos los esfuerzos del mundo por animarse.

—¿Sabes, Phil? —musitó—. He pensado que tenías razón en una cosa. Eres un hombre con mejor gusto que yo. Un Ribera no puede estar al lado de un Rousseau porque producen un contraste espantoso. Habrá que hacer lo que dijiste: habrá que cambiarlos de sitio.

Phil Derby palideció.

Vio, de pronto, como una nube negra delante de sus ojos.

Sintió un bulto raro en la garganta.

Y todo empezó a dar en torno suyo vueltas.

¡Por todos los diablos del infierno!

¡El había cambiado ya los cuadros de sitio horas antes, mientras hablaba allí mismo con la millonaria!

Ellen avanzó hacia la puerta.

—Gracias, Phil. Y perdona.

Phil apretó los labios.

Sentía en el cerebro el brusco golpeteo de su propia sangre.

No lo pensó.

Puso una silla en el camino rectilíneo, inflexible, siempre el mismo, que seguía Ellen hacia la salida.

Y Ellen tropezó.

¡No la había visto!

Eso significaba que... ¡Ellen Foster se movía por la casa sin titubeos porque la conocía muy bien!

¡Porque la conocía desde niña!

¡Y porque allí jamás se cambiaba nada de sitio! ¡Ni una cucharilla!

Pero Ellen.... ¡Ellen Foster era ciega!

CAPÍTULO XXI

El terrible impacto casi nubló los ojos de Phil Derby. Estuvo a punto de convertirse en un ciego, él también, al menos por unos momentos. Tuvo como un acceso repentino y movió la mano derecha.

Normalmente, nunca se hubiera atrevido a un gesto así.

Pero ahora lo hizo.

Desgarró de un brusco tirón el escote de la muchacha.

Ésta lanzó un breve gemido, pero nada más. Parecía como si, en el fondo, lo hubiera estado esperando. Intentó ocultarse los senos, pero ya era inútil.

Entre aquellas dos palomas blancas se deslizaba una mancha roja. Era el surco de una gota de sangre.

—Parece mentira que la salpicadura haya quedado tan oculta —susurró Phil, con una voz densa y amarga—. Parece mentira que no te hayas salpicado más al degollar a un hombre.

Ella hundió la cabeza.

No intentó huir.

Sólo dio unos pasos como sin saber a dónde iba, y de pronto lo que no le había ocurrido en muchos años, le ocurrió ahora. Aquel mundo que no veía, pero que resultaba tan conocido para ella, se transformó en un mundo totalmente desconocido. Perdió la brújula. Sus instintos la engañaron y cayó llorando sobre la alfombra. Fue Phil el que tuvo que arrastrarla hasta el diván otra vez.

No dudaba de que estaba ante una de las más crueles y repulsivas asesinas de la historia criminal de Londres. Y sin embargo no podía sentir odio. No podía sentir lo que le inspiró Porter, por ejemplo. Lo único que le causaba Ellen era una inmensa pena.

—Bebe algo —musitó.

Le dio otro vaso de licor. Ella no sabía ni encontrarlo. Seguía sin

hallar la brújula. Bruscamente ella, tan segura antes, tan certera para matar, estaba perdida en un mundo de sombras donde todo se había vuelto irreal y desconocido.

Al fin bebió ávidamente.

Phil seguía mirándola sin odio, sólo con pena.

Musitó:

—Ahora comprendo por qué no te diste prisa en ponerte el vestido cuando yo entré por error en tu habitación, la noche en que te conocí. Me enseñabas cosas que una chica decente no enseñaría jamás, y por fuerza hubieras debido verme reflejado en el espejo del tocador. Pero no te moviste. No te diste cuenta de que había alguien hasta que yo hice «Ejem», y entonces hay que reconocer que obraste con una pasmosa naturalidad para no descubrir tu secreto. Pero ya entonces debí haber adivinado algo. Debí comprenderlo.

Ella no contestó.

De sus ojos seguían resbalando las lágrimas.

Estaba completamente destrozada, completamente hundida.

Phil continuó lentamente:

—Pero no imaginé nada porque... ¡parecía algo tan irreal! Te movías perfectamente en esta casa porque la conocías al detalle. Y no salías jamás de aquí. Pero todo esto, ¿por qué? ¿Por qué?

Ella dijo suavemente:

—Por mi padre.

—¿Tu padre?

—El es todo lo que tengo en el mundo, y yo soy todo cuanto tiene él. Me quiere con locura y está orgulloso de mí. No merece una decepción de esa clase.

Phil la miró asombrado.

Todo aquello escapaba a su capacidad de comprensión. Todo aquello le hacía sentir vértigo.

—¿Es que... tu padre no sabe que estás ciega? —musitó.

—No.

—¿Cómo..., cómo es posible?

—Quedé ciega en un accidente hace dos años —susurró ella—. Un golpe en el cráneo que me desplazó el nervio óptico. No sé si habrá solución quirúrgica algún día, pero por ahora no la han encontrado. Después de mi ausencia me presenté en un taxi aquí, dispuesta a contárselo a mi padre. ¡Pero él me esperaba con tanta

ilusión! ¡Sus palabras reflejaban tanta alegría! Y además me di cuenta con asombro ¡de que él no notaba nada! ¡Todo le parecía igual que antes! No me atreví a hablar entonces, dejándolo para más adelante. Y mi segundo asombro vino cuando, al entrar aquí, me di cuenta de que podía moverme perfectamente. Todo estaba en el mismo sitio que durante mi niñez. Lo recordaba a la perfección. Hubiera podido recorrer la casa de un lado a otro sólo contando los pasos. Y decidí..., decidí no decir nada para no destrozar el corazón de mi padre. Mi padre lo es todo para mí. Sólo había de preocuparme de girar los ojos hacia donde sonaban las voces y de no entrar en la cocina para no quemarme. Tampoco podía servir el té porque me hubiera ocurrido lo mismo, pero esas cosas pueden disimularse. Siempre hay un pretexto para que las haga otro.

—¿Y los colores de los vestidos? ¿Y la ropa?

—Muy sencillo. La misma modista venía aquí y me preguntaba: «¿Qué le parece este verde? ¿O este gris?». Yo le decía que perfectamente. Me fiaba de ella. Luego reconocía el verde o el gris al tacto, por su hechura. No me equivocaba nunca.

Phil estaba intensamente pálido.

Aquel mundo de fantasmas le estaba pareciendo, sin embargo, un mundo asombrosamente triste y asombrosamente lógico.

—¿Pero por qué has matado, Ellen? —bisbiseó—. ¿Por qué...?

—Sólo he matado... a dos hombres. Me valí en los dos casos de cuchillos de los que hay en la mansión.

—En la oscuridad ellos estaban perdidos, ¿verdad? No conocían la casa. ¡Y en cambio tú sí! ¡Tú te movías entre las sombras como pez en el agua! ¡Tú eras allí la única que podía matar!

—¡Por Dios! ¡Calla!

La muchacha se había llevado de nuevo las manos a los ojos y gemía espasmódicamente. Phil se calmó. Otra vez aquella brusca sensación de pena, casi de ternura, se apoderó de él.

—¿Cómo sabías que eran unos extraños? —musitó.

—Por el roce de sus pies. Yo noto eso perfectamente. Conozco el andar de todos los de la casa.

—¿Y cómo supiste que Kent y Peter eran unos asesinos? ¿Por qué les atacaste?

—Kent casi me atacó a mí. Me confundió con Mónica porque... en fin, se ve que las dos tenemos bu... bu... buenas curvas. Una

señorita bien educada no debiera hablar de eso, pero es verdad. Hube de defenderme y le maté. Con ese otro que yace ahí fuera ya resultó distinto. Yo estaba alerta. Sabía que alguien más iba a morir aquí, y vigilaba. Cuando oí los pasos de alguien dudé entre dar la alarma o salir. Lo cierto es que casi tropecé con él... No hubo opción para mí.

Sus propias palabras parecían haberla destrozado. Estaba sin fuerzas, desmadejada, a punto de rodar por el suelo.

Phil musitó:

—Es curioso... Por un momento he pensado que tú eras la asesina de Nancy y del pobre Bouffer, pero ahora me doy cuenta de que no, de que el misterio continúa sin resolver. Y me pregunto qué es lo que debo hacer contigo, muchacha.

—Avisar a la policía. Ya es inútil disimular más.

—Creo que es cierto, Ellen. Los secretos no conducen a nada, y más vale causar un disgusto a tu padre a cambio de que tengas por fin una asistencia médica eficaz. Tal vez lo tuyo pueda remediarse. Claro que queda el detalle de la policía, pero nada pueden hacerte por haber matado a dos asesinos profesionales que habían entrado de noche en la casa. Y más siendo una ciega. La situación legal no puede perjudicarte.

—Lo terrible es que el principal misterio aún está por resolver. Puede que Porter sea culpable, pero ya casi me inclino a creer que no. La solución tiene que ser otra, tiene que estar al alcance de nuestra mano. Tiene que ser algo que Bouffer sabía o al menos podía saber. Tiene que ser algo monstruoso y al mismo tiempo sencillo. Tiene que ser...

—Tiene que ser sencillo... —susurró—. Sencillo...

Sus ojos seguían vagando por encima de los lomos de los libros. Eran viejos tomos. Títulos añejos: ¡Historia de la civilización griega... La economía de librecambismo... Los sistemas políticos del Antiguo Régimen... Recuerdos de familia...!

Lo tomó maquinalmente.

Era el único título que no encajaba con los demás. Si Phil lo deslizó entre sus dedos fue sólo por tenerlos ocupados en algo, porque se estaba clavando ya demasiado las uñas en las palmas de las manos. Lo abrió pensando que era una novela y vio que no se trataba de eso. Eran hojas encuadernadas donde había versos,

ocurrencias de Nancy y Mónica cuando eran niñas, dibujos infantiles, apuntes de cuadros hechos por antiguos amigos...

Phil se estremeció.

Antiguos amigos...

Allí estaba un apunte hecho por Bouffer del retrato de *lady* Seymour con los cinco gatitos. Allí estaba el apunte también de otro retrato, el que no se había encontrado aún, pero que sin duda se hallaba en algún desván de la casa. Era una obra de Bouffer totalmente desconocida. Sin duda era el del primo de la familia que murió en los Estados Unidos, años antes.

Se trataba de un muchacho.

Pero los rasgos no cambian.

Un ojo experto —y Bouffer debió saber eso en el momento de morir— notaba a pesar de los años los rasgos que permanecen, los que dan personalidad a una cara. Y aquellos rasgos estaban claros. Eran los de alguien que Phil vio poco antes. Eran los de..., de...

—Me has ahorrado mucho trabajo —dijo la voz, quedamente, a su espalda—. Buscaba el cuadro, pero no sabía que además existía ese apunte previo. Hubiera tenido que encontrarlo de todos modos y ahora ya lo tengo. Lo siento por ti, porque me obligas a precipitar las cosas. Lo siento por ti porque me obligarás a aumentar la lista, a matar más y más...

La hoja del cuchillo se acercó a la garganta de Phil Derby. El joven sintió frío hasta en la médula de los huesos.

CAPÍTULO XXII

Volvió la cabeza un poco. Muy poco, porque de lo contrario el cuchillo hubiera penetrado en su carne.

Y vio el mismo rostro que en el apunte dibujado en el libro, el rostro ya más avejentado, más crispado, pero al fin y al cabo el mismo. El rostro de...

... ¡De Lindsay!

¡El que quería comprar los cuadros! ¡El que se había metido con aquel pretexto en la casa!

—Sí, yo soy el hombre que tú buscabas —dijo Lindsay nerviosamente, enviándole el aliento a la cara—. Yo soy el hombre-enigma, el que tiene la solución de este repulsivo caso... Yo soy el primo de los Seymour que «murió» en los Estados Unidos...

—¿Cómo lo conseguiste? —balbució Phil roncamente—. ¿Enviando a Inglaterra documentación falsa?

—No exactamente... Me limité a hacer escribir a un amigo, desde Nueva York, que yo estaba muerto y había sido ya enterrado tras un accidente. Los Seymour, de los que era único pariente, se enteraron así de la triste noticia. ¿Pero qué iban a hacer? Ya no valía la pena de que viajaran a Norteamérica para ver mi cuerpo. Pronto me olvidaron, aunque quizá alguna noche esas tontas de Nancy y de Mónica rezarían por mí. Pero yo seguía viviendo. No había cometido ningún delito, no había falsificado ningún documento siquiera. Estaba vivo y en Inglaterra. Trazaba en Londres mi plan.

—¿Tu plan para qué?

—Para hacerme con la fortuna de los Seymour.

—Estás..., ¡estás loco!

—¿Loco? ¿Es que no existen las leyes? Parece mentira que yo las invoque, ¿verdad? ¡Pero las leyes existen para lo que le conviene a uno! Muertas Nancy y Mónica, yo era el único heredero. Los

impuestos me darían un buen pellizco, pero la fortuna seguía valiendo la pena...

—Tú estabas legalmente muerto... —susurró Phil—. No podías...

—¿Legalmente muerto? ¿Pero qué dices, muchacho? La única noticia sobre ello era una carta escrita tiempo atrás y que yo podía atribuir, cuando quisiera, a una broma de mal gusto. En realidad, muertas ellas dos, podía reclamar la herencia. El único riesgo que corría era que me vieses, porque yo recordaba que existía el cuadro de Bouffer. O que me viese Bouffer y me reconociera. Nadie tenía que adivinar mi identidad antes de que yo cometiera los crímenes, o mejor dicho los mandara cometer, porque no necesitaba correr riesgos personales... Por eso ofrecí a Bouffer comprarle los cuadros, pero por carta. Le cité en la Galería Nacional, donde uno de mis hombres le tenía preparada una trampa mortal. Pero el muy cerdo ni contestó a la carta. Entonces adelanté «trabajo» matando a Nancy.

Todo el cuerpo de Phil Derby se estremeció.

Barbotó con voz ronca:

—¡Cerdo! ¡Aquella carnicería infecta...!

—Bueno, no lo hice yo, sino mis dos hombres... —dijo el otro sin inmutarse—. Mis dos hombres que por fortuna ya están muertos y no me crearán conflictos. Quería dar la sensación de que aquello era obra de un loco..., o de una loca.

—¿Una loca? —preguntó Phil, estremeciéndose.

—Nunca sabrás por qué... Morirás antes, muchacho. El caso fue que decidí acabar con Bouffer porque significaba un peligro demasiado grande para mí. Porter también quería los cuadros para un museo y podían exhibirse en Londres, en cuyo caso me reconocería bastante gente. Vine con uno de mis dos asesinos, le cubrí la retirada desde el recibidor... y él no pudo acabar con Bouffer. Al contrario, fue el asesino quien la palmó. Menos mal que yo, de todos modos, pude acabar con ese maldito pintor. Pero necesitaba encontrar los cuadros y por eso entré en contacto contigo. La pelea con Porter fue un buen pretexto.

—¿Me seguías?

—Claro... Día y noche.

—¿Pero cómo te atreviste a venir aquí? ¿No pensabas que podía

reconocerle Mónica?

—Mónica era demasiado joven cuando el cuadro fue terminado. No tenía ni idea. El único peligro radicaba en Bouffer, y Bouffer ya estaba muerto. Lo que yo necesitaba ahora era sólo el cuadro. Y tú lo has complicado todo, maldito...

El cuchillo se apretó un poco más. Phil tuvo la sensación de que iba a degollarle.

—¿Por qué has hablado antes de una loca? —barbotó—. ¿Qué pretendías?

—Yo sabía que la madre de Mónica y Nancy había desaparecido y que estuvo años antes recluida en un sanatorio mental. Si realizaba dos crímenes salvajes, dos crímenes propios de una mente alucinada, y además dejaba algunos indicios (como los gatitos negros y otros rastros que tenía preparados), la policía iría en la dirección que yo deseaba. Buscarían a una loca, a una demente peligrosa que ya no existía. Al cabo de dos años yo me presentaba y... ¡zas! Todo sencillo. Claro que yo no sabía que *lady* Seymour estaba encerrada ahí abajo.

Y movió el cuchillo definitivamente, buscando la yugular de Phil. Éste vio pasar como una nube gris ante sus ojos. Una nube triste, lánguida, del color de las losas funerarias. Ahora iba a morir..., ¡ahora que al fin lo sabía todo! ¡Ahora que sabía lo que creyó que nunca podría averiguar!

Desesperadamente alzó las manos. Ellen intervino en este momento con su certero instinto, guiada por la voz. Dio un golpe a Lindsay, aunque resultó demasiado flojo.

Consiguió, sin embargo, desconcertar un momento al asesino.

La hoja cesó en su mortal recorrido.

Se oyó una especie de gruñido, un gruñido de bestia salvaje.

Lindsay salió proyectado por encima de la cabeza de Phil. Los poderosos músculos de éste no fallaron. La sangre manaba de su cuello, donde había una herida, pero eso le daba aún más fuerza, más decisión, más rabia. Lindsay se estrelló contra la pared mientras lanzaba un grito.

Intentó revolverse.

Sus ojos destilaban odio.

Se lanzó a fondo con el cuchillo, pero Phil esquivó mientras le propinaba un terrible golpe en la nuca, cuando Lindsay pasaba

junto a él. Lo vio vacilar. Rabiosamente le disparó un puñetazo a la sien. Un puntapié al bajo vientre. ¡Otros dos golpes a la nuca!

Cuando aquel hombre cayó, Phil supo que ya no daría más trabajo. En todo caso, se lo daría al verdugo o a los carceleros, durante el resto de su vida. Tambaleándose, Phil se acercó al teléfono para llamar a la policía.

En ese momento la puerta de la biblioteca se abrió.

Mónica, que había oído los ruidos de la pelea, se dejó caer en sus brazos.

—¡Dios mío! ¿Pero qué ocurre, Phil? ¿Qué es esto?

—Nada, Mónica. Simplemente, que el asesino de tu hermana ya ha caído. Este repulsivo caso, como él mismo dijo, ha terminado.

Y fue a discar un número, pero lo pensó mejor y avanzó hacia la puerta. Al fin y al cabo la policía estaba en la calle. La policía que no se había enterado de nada...

Al salir, casi tropezó con Marco, que huía desesperadamente.

—¡No! ¡Por favor! ¡Otra no! ¡Otra nooooo...!

La cosa estaba clara.

O, mejor dicho, oscura.

Le había atrapado la tercera millonaria.

—¡Suéltameeee...! ¡Me quejaré a la Interpol! ¡Me quejaré aunque sea a la Federación de Fútbolboooooo!

—Nada, nada —dijo la millonaria, finamente—. Tú eres un chico bien educado. ¡Al saco!

A Phil no le dio ninguna pena.

—Así aprenderá —sentenció.

Y Mónica dijo escépticamente:

—Dudo que aprenda...

FIN

YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos
lectores que poseen nervios de
acero y no temen traspasar las fron-
teras de lo irreal y adentrarse en
un mundo desconocido, aterrador
como una pesadilla, apasionan-
te como la más increíble de las
aventuras.



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS. Impreso en España

NOTAS

[1] «Free lancer» es el periodista o fotógrafo que trabaja por su cuenta y obtiene exclusivas que luego vende. Por lo general, se trata de hombres y mujeres muy audaces, muy valiosos y también muy desvergonzados. Vaya una cosa por la otra. (N. del A.). < <

[2] Uno de los más viejos y conocidos museos de Londres, que lleva el nombre de la famosa, y a su manera romántica, pareja real. (N. del A.). < <

[3] Como se sabe, las obras de los pintores más cotizados suelen figurar en un catálogo que garantiza su autenticidad, y que viene a ser una especie de registro de la propiedad de tales obras. Pero nada impide que se añadan al catálogo obras auténticas descubiertas más tarde. (N. del A.). < <